

CERCADOS EN EL PLANETA AMARILLO

Ralph Barby

CIENCIA FICCION



CERCADOS EN EL PLANETA AMARILLO

Ralph Barby

CIENCIA FICCION



ÚLTIMAS OBRAS PUBLICADAS

EN ESTA COLECCIÓN

647 — *Amigos de otro mundo,* Glenn Parrish

648 — *Necrosis programada,* Curtis Garlad

649 — *La leyenda de Shapahoni,* Kelltom Me Intire

650 — *Un náufrago en el siglo XXX,* Glenn Parrish

651 — *El cerebro asesino,* Joseph Berna

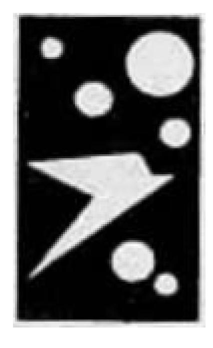
RALPH BARBY

CERCADOS EN EL PLANETA AMARILLO

Colección

LA CONQUISTA DEL ESPACIO n.° 652

Publicación semanal



EDITORIAL BRUGUERA, S. A.

BARCELONA - BOGOTA - BUENOS AIRES - CARACAS – MEXICO

ISBN 84 -O2 02525- 0

Deposito legal: B. 100 1983

Impreso en España -Printed in Spain

1. ª edición: febrero. 1983

2. ª edición en América: agosto. 1983

Concedidos derechos
exclusivos a favor d**e**
EDITORIAL BRUGUERA, S.
A.

Camps y Fabrés, 5. Barcelona (España)

será simple coincidencia.

Impreso en los talleres Gráficos de **Editorial Bruguera,** S. **A.**

Parets del Vallès (N 152, Km 21.6501 Barcelona – 1983

CAPÍTULO PRIMERO

—¿Qué te parece este planeta, Noi?

Noi miró a Santmort, su compañero de exploraciones espaciales. Bien acomodado en su butaca, observaba a través de los cristales la superficie del planeta.

—Es un planeta muerto —respondió.

—Sí, eso indican los sensores. No hay atmósfera, es frío. La densidad es uno punto tres, lo que no está nada mal.

—¿Quieres decir que desciframos bien la criptoonda?

—Hemos utilizado siete computadores distintos, uno de ellos el gran computador de la videoteca confederal, y todos apuntan hacia lo mismo con ligeras variantes: Estrella roja siete dos tres y planeta amarillo, dos dos.

—Sí, coincide con lo que hemos llegado a encontrar después de recorrer los espacios interestelares y de consultar en cinco civilizaciones planetarias distintas; sin embargo...

—¿Dudas todavía?

—Sí.

—Alguien dejó un mensaje en las ondas espaciales y nosotros lo captamos.

— Ese mensaje ha podido estar circulando por los espacios interestelares dentro de la galaxia durante millones de años T —aventuró Noi, comandante de la cosmonave.

—Es posible —admitió su compañero—. Ese mensaje pudo ser lanzado al espacio hace mil millones de años T o simplemente menos de un año T.

—Además, no podemos tener la absoluta seguridad de que se refiere concretamente a este lugar.

—Pues yo opino que de la criptoonda cabe deducir que en este

planeta hay algo que podríamos considerar como un tesoro.

—Hemos pasado por varias civilizaciones y hemos podido constatar que el sentido de la palabra «tesoro» no es el mismo para unas que para otras y viceversa. Hay quienes llaman tesoro a algo material y tangible con lo que se pueden comprar bienes igualmente materiales. En cambio, otras civilizaciones llaman tesoro a una música, a una visión iridiscente, a un sentido filosófico.

—Los terrícolas consideramos tesoro a algo tangible y material. Tú y yo somos terrícolas, Noi, y aquí encontraremos un tesoro.

—Encontrar un hipotético tesoro que puede permanecer oculto y considerando que el área de búsqueda es toda la superficie de un planeta, es algo casi imposible.

—Entonces, ¿por qué estamos aquí? —preguntó Santmort, un tanto molesto.

—El enigma nos atrae. Hemos descifrado un criptomensaje lanzado al espacio.

—Si lo hubiéramos descifrado por completo...

—No pudo ser, entre otras cosas porque desconocíamos las claves completas de la civilización que envió el mensaje al espacio. Además, había impurezas radioespaciales.

—Al final resultará que hemos hecho un viaje de millones de uniespace para nada.

—Eso no podemos decirlo todavía.

—¿No aseguras que es imposible encontrar nada aquí?

—Digo que es difícil, no imposible —replicó Noi, que seguía observando la superficie amarillo brillante del desconocido planeta que giraba en torno a una estrella roja.

Había poca luz proveniente de la estrella, pero el planeta semejaba poseer luz propia pese a ser un planeta frío.

—¿Observaciones?

—Sí, Noi. Hay flúor, fósforo y radio, elementos en estados naturales, en óxidos y otras composiciones, incluso en estado de elementos puros.

—Por eso emana luz amarilla. Podría ser un planeta muy

interesante para la obtención de minerales.

—Despacio, despacio... ¿Crees que resultaría rentable, a la distancia en que nos hallamos? Para llegar a nuestra Confederación, habríamos de cruzar antes los espacios de tres civilizaciones distintas y para explotar un planeta, máximo siendo un planeta muerto y sin atmósfera, hace falta una cantidad de equipo terrible. No, no creo que ofreciera más que pérdidas. No seria yo quien aconsejara a una compañía minera la explotación de este planeta.

—Vamos a hacer una cosa, Santmort.

—¿El qué?

—Dejaremos esta órbita y nos aproximaremos.

—¿A la superficie del planeta?

—Sí.

Santmort inquirió:

—¿A qué distancia?

—Dos mil metros.

—Eso es lamer la superficie del planeta. ¿Es que no has observado que hay montañas?

—Sí, pero pocas. Viajaremos en el vacío a cinco machson.

—Si es así y vamos a paso de tortuga, vale, pero ¿qué piensas descubrir, tan pegado a la superficie? Después de todo, desde esta órbita, con los telesensores puedes hasta ver y medir la cabeza de una hormiga si la hubiera. Las telecámaras que llevamos son de lo mejorcito.

—Sí, pero la proximidad siempre es mejor. Haremos una exploración en profundidad.

—¿Cuántas vueltas daremos al planeta amarillo?

—Cien serán suficientes.

—¿Cambiando los meridianos?

—Sí, claro.

—¿Pretendes que hagamos una telecartografía?

—La haremos; así tendremos el mapa total de este planeta.

—Ese telemapa podríamos conseguirlo también desde esta órbita.

— Ya lo sé, pero prefiero descender. Tengo la impresión de que desde aquí arriba, algo se nos escapa.

Santmort no estaba muy convencido de que fueran a obtener nada importante.

Era como poner una ilusión en algo que, llegado el momento de conseguirlo, se sabía era totalmente imposible.

De todas maneras, pensó, quedaba la esperanza de que al aproximarse a la superficie del planeta descubrieran el yacimiento de algún metal raro en estado puro.

Si era así, siempre se podía pensar en cargar algunos macrocontainers espaciales y en tres o cuatro viajes salían de apuros y compensaban gastos.

La cosmonave terrícola descendió con suavidad mientras Noi deceleraba.

Allí no había peligro de recalentamiento en la aproximación, ya que el planeta carecía totalmente de atmósfera.

Noi programó la ruta a seguir. A cada vuelta, la cosmonave variaría unos grados para así circular por un meridiano distinto.

El gran ordenador central, según el diámetro del planeta Amarillo, calcularía los grados exactos de variación, operación que se llevaría a cabo automáticamente. Aquélla era una maniobra muy empleada por los exploradores de planetas perdidos, consistía en una técnica habitual de rastreo.

Todo lo que los sensores captaran, quedaría grabado en una cinta y si luego había algo interesante, el ordenador precisaría el lugar exacto del planeta donde se hallaba lo que los telesensores podían haber detectado.

Cuando iban por la vuelta veintitrés al planeta amarillo, ocurrió algo tan sorprendente como desagradable.

De la superficie del planeta, de una pequeña meseta rodeada de montañas, brotaron cuatro cañonazos láser intermitentes y de espectro albino.

La cosmonave terrícola retumbó primero y rugió después.

Se balanceó fuertemente y comenzaron a brotar chispazos de mil lugares distintos.

Saltaban los microrelés, desconectando servicios para evitar incendios al mismo tiempo que los sistemas automáticos de seguridad y defensa entraban en funcionamiento.

—¡Maldita sea, nos han dado! —masculló Santmort.

—Estamos perdiendo altura con rapidez. La gravedad del planeta nos atrae.

Santmort, nervioso, añadió:

—Vamos a chocar contra las montañas; esto es una trampa.

—Sí, una trampa, veremos si salimos de ella.

Noi desconectó los sistemas automáticos y dirigió manualmente la cosmonave que daba tumbos hacia un pequeño llano que se abría entre dos de las montañas que formaban cerco a la pequeña meseta.

Santmort observó que las dos montañas que tenía delante estaban separadas, ofreciendo un paso, pero por aquel paso, que más parecía una rendija, la cosmonave no pasaba.

—Si no consigues detenerla antes, vamos a quedar incrustados entre esas montañas para toda la eternidad.

—Todavía no estamos incrustados, Santmort. ¡Allá vamos!

Descendió casi en vertical, con la cosmonave escorada a estribor.

El golpetazo fue tan fuerte que los dos terrícolas salieron despedidos de sus puestos y rodaron por la sala de mandos, dándose golpes por todas partes, pero la cosmonave quedó quieta.

Los sistemas de gases nocivos absorbían los humos de los pequeños incendios, sofocados automáticamente. Todo parecía controlado.

Noi fue el primero en reincorporarse. Le sangraba el labio y también tenía sangre entre sus cabellos, lacios y de color castaño cobrizo.

Miró a Santmort, que también se movía por su cuenta, se reincorporaba, pero él sangraba por el oído y la nariz.

—¿Cómo estás?

—Como si hubieran chocado dos planetas y me hubieran atrapado en medio... Tengo el cuerpo lleno de morados.

—Eso se pasa.

—¿Se pasa? ¿Acaso confías en que vamos a salir vivos de este maldito planeta?

—Vamos, vamos, Santmort, no desesperes tan pronto.

—Miró la pantalla que le informaba con datos de mantenimiento y control de la cosmonave—. No parece que tengamos fugas de aire importantes.

—¿Cuánto aire hemos perdido?

— Un veintisiete con dos.

—Eso es una barbaridad, menuda brecha tendremos en el casco...

—Tenemos una de las bodegas inservible, con brecha en el casco exterior, pero será reparable.

—De todas maneras, hemos perdido mucho aire.

—Sí, pero no hemos perdido combustible.

—Menos mal.

—Tenemos avería en los estabilizadores y en los canales de suministro de combustible.

—No saldremos de ésta —gruñó Santmort.

—Dentro de diez minutos tendremos datos más precisos sobre las averías y no te desmoralices tan pronto, tenemos la lanzadera.

—La lanzadera no nos llevaría muy lejos.

—Tiene una autonomía de cien uniespace y si la regulamos, más. No olvidemos que está diseñada para cuatro pasajeros y somos dos.

—¿Llevaríamos a los androides?

—Sí, pero ellos no consumen alimentos ni aire.

—Es una suerte. El día que me apareje, lo haré con una androide. He oído que las hay de muy perfectas y que hacen maravillas sin

ningún rubor.

—Eres un cerdo, Santmort.

—¿Un cerdo? ¿Qué es un cerdo?

—Un animal que existió hace más de mil años en el planeta Tierra.

—Ah, sí; creo haber visto alguna grabación. Un animal de tipo doméstico que tenía una cara más o menos así, ¿verdad?

Hizo tal mueca con los labios que Noi se echó a reír.

—Lo haces muy bien.

—Oye, tú que sabes más de nuestra historia antigua, ¿esos animales llamados cerdos eran buenos o malos?

—Pues tan cerdos como la gente que los comía por aquellos tiempos. Ahora que ya estamos de mejor humor, sería bueno que mirásemos en derredor.

—¿Para qué? Ahí afuera no hay nada, montañas amarillas, flúor, radio, fósforo…

—Sí, de tal forma que si pudiéramos respirar ahí afuera sin traje de supervivencia, las radiaciones que emanan de ese planeta que paradójicamente posee luz propia, tenue pero la tiene, nos abrasaríamos vivos o cuando menos nos llagaríamos en poco tiempo.

—¿Y los que nos han disparado?

—Los tenemos localizados en la grabación.

—¿Y si vienen a por nosotros?

—Tenemos armas.

—Eso ya me parece mejor. Hay que defenderse, nunca se sabe con lo que se puede topar uno en estos planetas desconocidos que encima parecen muertos, yermos completamente. No hay atmósfera y una gota de agua se convertiría inmediatamente en una bolita de duro cristal.

—Así es. Afuera estamos a menos de cien grados Celsius. La radiación de los minerales que componen el planeta es fría.

—¿Crees que se trata de una base secreta de alguna civilización?

—¿Te refieres a una base miliciana?

—¿Por qué no? —replicó Santmort.

—Podría ser. No hay que descartar nada cuando se está ante un enigma.

—Un enigma que no es una alucinación. Ese enigma ataca y con cuatro cañones sofisticados.

—Menos mal que tenemos una coraza antifotónica; de lo contrario, ahora seríamos polvo sobre este planeta.

—Pero, estamos vivos, aunque también podría ser que se tratase de una explotación minera secreta. El valor de los minerales, de los metales en estado puro, no es un valor absoluto. Cada civilización le da un valor diferente según los yacimientos que posea y la abundancia de éstos.

—Hay metales nobles que son valorados en todas partes.

—Sí, el oro, el platino y el xolon, el mejor de los metales nobles, desconocido por la civilización terrícola hasta el siglo XXV.

—Voy a pasar el área belicosa por la pantalla, así conoceremos con exactitud la ubicación de esos cañones que nos han atacado.

—¿Por qué no les enviamos un misil?

—¿Y fundir el área completa?

—¿Por qué no? De este modo ya no volverán a atacar a cosmonautas despistados como nosotros.

—Si nos viéramos acosados, tendríamos motivos para destruir toda esta área, pero ahora estamos libres.

—¿Libres? Estamos tocados de gravedad. Quizás no podamos despegar de este planeta amarillo.

—No seas pesimista. Nuestros problemas se resolverán con un poco de tiempo. Pondremos a los androides a trabajar, ellos harán las soldaduras. Si encontramos por aquí minerales ricos en oxígeno y nitrógeno, los descompondremos para obtener el oxígeno y el nitrógeno como elementos puros. Recuperaremos el aire perdido y restableceremos la atmósfera en toda la cosmonave.

—Noi, no sé cómo te las arreglas, pero le ves soluciones a todo.

—Porque trato de ver los problemas por el lado optimista.

—¿Me acusas de pesimista?

—Oh, no, no seas mal pensado; tú sólo eres agorero o gafe.

—¿Quéee?

—Mira, mira, ahí está.

Ambos observaron la pantalla y en imagen aparecieron los rayos láser intermitentes. En vez de ser una unidad de luz rectilínea, se partía a trozos como si fueran proyectiles independientes. Algunos, a aquel tipo de láser lo llamaban el láser percutor.

—Ellos han podido actuar en forma defensiva —opinó Noi.

—Ahí no se ve nada.

—Sólo habrá las bocas de los cañones. Pueden estar ocultas, pero ya conocemos los lugares precisos de emplazamiento.

—Si no les vamos a lanzar un bombón termofundente, ¿qué piensas hacer?

—Investigar en el mismísimo lugar. Quizás sea lo que estamos buscando. Ahí puede estar el secreto de la criptoonda.

—No me dirás que piensas ir por ahí sin protección.

—¿Por qué no?

—Puede haber otras armas ocultas a las mismas y si vuelven a disparar, ya no tendrás en torno tuyo la coraza antifotónica. Y, la verdad, no tengo ganas de quedarme solo ahora con todas las averías que ya tiene la cosmonave.

—Llevaré conmigo a Row-2.

—Ese es el mejor androide que tenemos. Si se lo cargan, perderemos un elemento fundamental.

—¿Es que vas a poner objeciones a todo lo que haga?

—Está bien, está bien, haz lo que quieras. Si te desintegran será tu problema, pero palabra que si lo hacen les doy la réplica. Les abro un volcán de dos kilómetros de diámetro y les dejo un lago de lava dentro.

—De acuerdo, pero primero démosles la oportunidad. Después de

todo, los intrusos somos nosotros y, sin saberlo, podemos haber cruzado una zona de alta seguridad.

—Aunque así sea, antes de disparar se avisa —protestó Santmort—. No me fío un pelo de los propietarios de esos cañones que nos han atacado.

—Y yo tampoco, iré con cautela.

CAPITULO II

Row-2 era un androide alto, de aspecto poderoso y lejanamente parecido a un humano terrícola.

Caminaba aprisa y el suelo transmitía las vibraciones de sus pasos. Se hubieran oído de haber atmósfera, pero el vacío atmosférico más completo les rodeaba.

Noi iba armado; llevaba consigo un fusil polivalente y un par de granadas en el cinturón, adosables al cañón del fusil, granadas termonucleares de gran efectividad.

Subieron a bordo de un aerodeslizador. Noi vestía el traje de supervivencia debido a la hostilidad del planeta.

Detuvo el vehículo muy cerca del lugar del que brotaran los disparos, y la exploración visual resultó decepcionante.

—Eh, Noi, ¿qué ves?

—Nada —respondió por el telecomunicador—. Esto está tan desierto que podría jurarse que aquí no ha habido nunca nada.

—Pues ándate con cuidado.

—Eso voy a hacer. Dejo el vehículo y Row-2 y yo saldremos a explorar. El secreto que buscamos está aquí.

—Patea ese lugar todo lo que quieras, pero regresa vivo. Aquí están apareciendo más averías.

El androide Row-2 llevaba incorporados varios sensores. El era quien tenía que detectar si había algo anormal o metálico cerca de ellos o bajo el suelo que pisaban.

—¿No detectas nada, Row-2?

—No por ahora, no por ahora. ..

—Bien, sigamos en aquella dirección —dijo, señalando una roca.

—Atención, atención, detecto cavidad hueca, detecto cavidad hueca.

—¿A qué profundidad? —interrogó Noi.

—Trece metros punto siete.

—Interesante, Row-2, sigue.

—¿En qué dirección? —preguntó el androide con su voz de bocina, haciendo oscilar su corpachón de coraza aceroplástica.

—Busca la cavidad en su mínima profundidad —le ordenó Noi.

El robot comenzó a caminar de un lado a otro. Su autocomputador asimilaba los datos que le proporcionaba su sensor y según estos datos, lo iba guiando hasta que la profundidad disminuyó, llegando a un grupo rocoso.

—¿Qué sucede, Row-2?

—La cavidad está delante, detrás de las rocas.

—Eso puede ser una puerta disimulada. ¿Puedes marcar el centro de la cavidad, Row-2?

—Sí, orden recibida.

El androide efectuó un disparo rectilíneo contra las rocas, haciendo una perforación.

Noi tomó una de las granadas y la colocó en la punta de su fusil polivalente. Apuntó al orificio marcado por el androide y ordenó:

—Al suelo, Row-2.

El androide tendió sus brazos hacia adelante y se dejó caer. Flexionó las articulaciones de los codos y quedó tendido. El propio cosmonauta terrícola se tendió en el suelo antes de hacer el disparo y prefirió avisar a su compañero.

—¿Me oyes, Santmort?

—Sí, perfectamente.

—Voy a abrir un boquete con una granada. Si te llegan vibraciones no te molestes en averiguar de qué se trata.

—De acuerdo, observaré con las telecámaras.

Noi oprimió un botón de disparo sin vacilar.

Se pudo oír un ligero silbido y luego la explosión.

El cristal protector del yelmo espacial evitó que los ojos de Noi se quemaran con la intensa luminosidad de la granada termonuclear que abrió un gran boquete en la roca, haciendo desaparecer toda resistencia.

Ante él apareció el hueco detectado por los sensores del androide Row-2.

—No te has equivocado, vamos.

Desde la cosmonave, Santmort preguntó:

—¿Qué habéis descubierto?

—Una especie de entrada.

—¿Entrada, adonde? —inquirió Santmort, excitado.

—No lo sé, pero Row-2 y yo vamos a explorar.

Entraron en la cueva traspasando el arco térmico dejado por la explosión de la granada termonuclear.

Noi encendió la luz que llevaba en su cintura y Row-2 encendió también un potente foco que fulminó el interior de lo que parecía una base secreta, un refugio o algo similar.

Descendieron por una rampa.

—Atención, detecto cuerpo orgánico —advirtió el androide.

—¿Frío o caliente?

—Temperatura ambiental.

—Eso quiere decir gelidísimo —ironizó Noi.

El androide enfocó un prisma de cristal sostenido en vertical sobre una de sus bases.

Dentro de él había un extraño ser que tenía algunos parecidos con los terrícolas, pero era mayor de tamaño y además de sus dos piernas poseía cuatro brazos. El aspecto de su rostro era de feroz brutalidad.

—Vaya, menos mal que este humano, humanoide o lo que sea, está congelado. Lo que me pregunto es cuántos miles de años hará que está así.

Siguieron adelante y pudieron observar otros prismas y cilindros conteniendo seres de aspecto igualmente feroz, seres que, pese a estar

helados, parecía que de un instante a otro fueran a romper las paredes de cristal que les encerraban y a abalanzarse sobre ellos.

Descubrieron a una especie de milicianos, todos uniformados, cada uno en su estrecha celda de cristal. A simple vista era difícil saber si pertenecían a una civilización antigua y primaria, una civilización que no había pasado de las armas contundentes y punzantes, o bien formaban parte de una civilización tecnológicamente sofisticada.

Avanzaron entre la doble hilera de milicianos vestidos con uniformes de brillantes colores que despedían reflejos metálicos. Aquellos guerreros ocultaban sus rostros tras unos yelmos impresionantes que a Noi podían recordarle los antiquísimos grabados griegos de la civilización terrícola.

Se hartó de contarlos, aunque ya sabía que el ordenador de Row-2 los contaba de forma automática. Al final, sólo tendría que preguntarle al androide cuántos había para obtener la respuesta exacta pero dedujo que había visto cerca de un millar.

Llegaron a una amplia rampa descendente que se adentraba más y más en las entrañas del subsuelo del Planeta amarillo.

Noi observó que la temperatura no había variado, lo que confirmaba que el planeta estaba muerto.

No tenía un núcleo candente como el planeta Tierra, aunque eran imprevisibles las sorpresas que podía deparar cualquier desconocido planeta, pues contra lo que habían creído los científicos del siglo veinte, ya desprestigiados y casi enterrados en el olvido, todos los planetas no se regían bajo las mismas leyes físicas, matemáticas y astronómicas.

Las rígidas teorías lanzadas en la era del siglo XX, cuando el hombre había poseído más arrogancia que poderes científicos y tecnológicos reales, eran consecuencia de la falta de datos.

Continuaron avanzando por aquella especie de camino por el que podían circular vehículos, aunque allí cerca no se veía ninguno, hasta que se encontraron frente a una puerta de doble hoja.

Era una puerta metálica de unos dos metros y medio de altura por otros tantos de anchura, repleta de indescifrables grabados.

Noi se acercó a ella y la observó con atención. No descubrió nada que pudiera parecerse a una cerradura y el encaje de una hoja con la

otra era total. Allí no había el más minino resquicio por el que pudiera pasar aire o luz.

—Esto es hermético, Row-2.

El androide, colocado frente a la doble puerta, la analizó por espectrografía y sentenció después:

—Composición, hierro, cobre, plomo y pequeños tantos por ciento de metales no computados.

—Comprendo, metales desconocidos para nosotros. Ahora Row-2 no me digas esos tantos por ciento, dime el espesor, si es que puedes averiguarlo.

Utilizó el sensor de supratecnoson y dijo:

—Espesor, cuarenta y nueve centímetros tres milímetros.

—¡Diablos! —exclamó Noi—. Esto es una cámara acorazada y nadie se habría tomado la molestia de hacer una cosa tan formidable para ocultar algo que no valiera la pena; no obstante, seria mejor observarlo con más atención antes de decidirse a perforar esta puerta, quizás esto sea una gran trampa.

El androide buscó con sus sensores que veían allá donde los ojos humanos no conseguían ver y no descubrió los mecanismos de apertura de aquella puerta que, por otra parte, ignoraban si se abría como puertas correderas o puertas apoyadas sobre ejes laterales.

Con su microtelecámara, el androide grabó una cinta de todo lo visto que fue observada por Noi y Santmort con mucha atención.

—¿Qué crees que puede haber detrás de esa puerta? —preguntó Santmort.

—Imposible saberlo. Puede ser un templo funerario, una sepultura espacial.

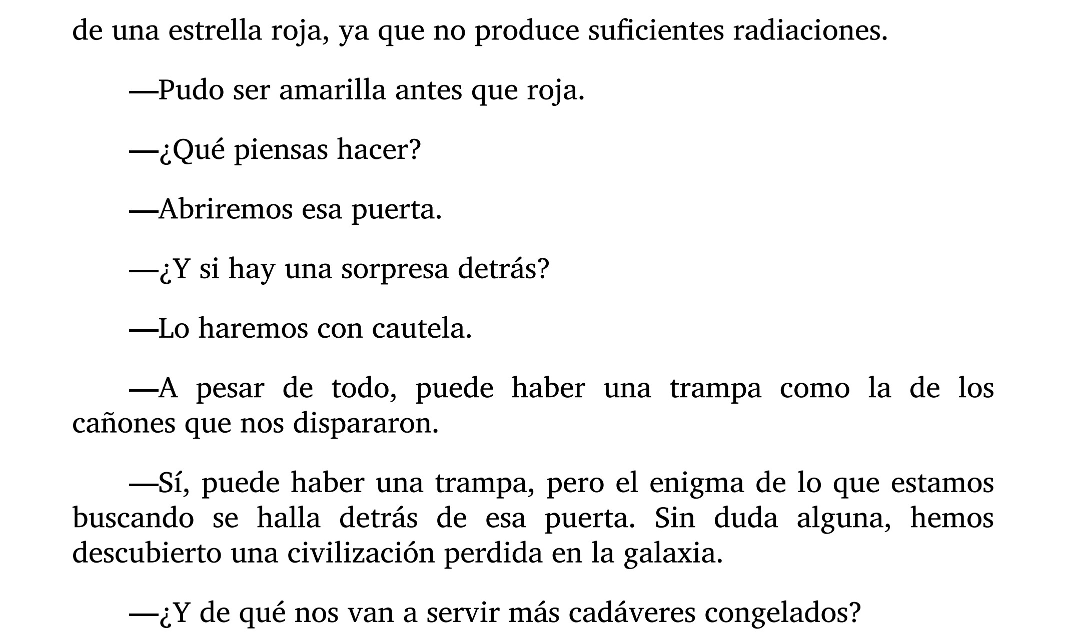
—¿De quién? ¿Para quién?

—Lo sabremos cuando hayamos pasado al otro lado de la puerta.

—¿Y por qué en un planeta muerto?

—Quizás no estuviera muerto en otros tiempos.

—Este planeta jamás ha tenido vida, carece de atmósfera y ya sabes que ninguna civilización inteligente se ha desarrollado al calor



de una estrella roja, ya que no produce suficientes radiaciones.

—Pudo ser amarilla antes que roja.

—¿Qué piensas hacer?

—Abriremos esa puerta.

—¿Y si hay una sorpresa detrás?

—Lo haremos con cautela.

—A pesar de todo, puede haber una trampa como la de los cañones que nos dispararon.

—Sí, puede haber una trampa, pero el enigma de lo que estamos buscando se halla detrás de esa puerta. Sin duda alguna, hemos descubierto una civilización perdida en la galaxia.

—¿Y de qué nos van a servir más cadáveres congelados?

—Estoy seguro de que detrás de esa puerta hay algo más que cadáveres congelados.

CAPITULO III

—¡Atención, Noi, atención, tenemos compañía!

Noi saltó de su litera para dirigirse a la sala de mandos donde estaba Santmort.

—¿Qué ocurre?

—Una cosmonave se acerca al planeta Amarillo.

—¿Se ha identificado?

—Si; se trata de Pegot.

—¿El hijo del emperador Tawgan?

—El mismo.

—Ese tipo es peligroso.

—Mucho —asintió Santmort.

—¿Le has respondido?

—No.

—Mejor.

—Pero nos puede detectar, si es que anda buscándonos.

—Podría pasar de largo —observó Noi.

—No lo creo —gruñó Santmort—. Viene voceando por todos los espacios siderales que él es Pegot, como si esperase que todos los seres de la galaxia tuvieran que inclinarse a su próximo paso. Ni que fuera cabalgando el carro de fuego de los dioses...

—Si nos detecta, querrá apoderarse de lo que hemos descubierto —objetó Noi.

—¿Qué hacemos entonces? Sólo somos dos y unos pocos androides. Esos imperialistas ladrones que se autodenominan conquistadores, viajan con milicianos de profesión.

—Podemos recurrir a la carta galáctica.

—¿Crees que le harán caso? Nos pueden desintegrar y luego quedarse con todo.

—Sí, es muy probable, pero nos defenderemos. Dejaremos nuestra cosmonave a punto de defensa bélica, programaremos el ordenador y los disparos se harán automáticos.

—Me parece bien. Si quieren pelea, la tendrán —aceptó Santmort.

—Por si respeta la carta galáctica, yo iré al templo funerario. Haré valer el que hayamos llegado los primeros.

—De acuerdo. Ojalá pasen de largo, no me gusta Pegot ni su padre, lo malo es que nuestra cosmonave es detectable a mucha distancia debido a que estamos en un planeta muerto, sin atmósfera, sin nada que pueda ocultarnos. Si por lo menos hubiéramos caído en grandes bosques.

—¿Bosques? Aquí nos van a descubrir con unos simples prismáticos.

—Pues date prisa y pon en la entrada un letrero que diga que nosotros somos los descubridores de este lugar y esperemos que en su interior encontremos algo más que cadáveres.

Noi se llevó en el vehículo aerodeslizador al androide Row-2 con el que llegó a la mismísima puerta metálica de color oscuro. Dejaron el monofaro encendido, iluminando la puerta de lleno.

Desde el propio vehículo, preparó un disparador láser de un centímetro de diámetro. Comprobó el nivel de horizontalidad y luego conectó el disparo.

El rayo perforante comenzó a penetrar en la puerta blindada hasta conseguir traspasarla. Automáticamente, el disparo se terminó.

Noi introdujo por el minúsculo orificio una sonda telescópica con luz incorporada tras comprobar que por el orificio no escapaba ninguna clase de gas, pues había llegado a pensar que al otro lado de la puerta la estancia estaba presurizada.

Gracias a la sonda, descubrió montañas de lingotes.

Con gran satisfacción, dedujo que allí había encerrado un gran tesoro. El enigma de la criptoonda acababa de ser desvelado.

—Ahora hay que abrir un boquete por el que podamos pasar.

Hizo el cálculo exacto de las dimensiones de su vehículo y marcó el agujero suficiente en la puerta. Con el cortador láser, inició el trabajo de cortar limpiamente la puerta, lo que no era nada fácil debido a su espesor.

El cosmonauta terrícola podía haber abierto la puerta con una de sus granadas, pero con la explosión se arriesgaba a destruir cuanto hubiera detrás.

Hicieron falta catorce minutos completos para el corte. Para Noi era mucho, pero posiblemente para los constructores de la puerta quizás habría sido deplorablemente rápido, pues debían haberla creído invulnerable.

Subió el morro del vehículo, empujó hasta arrastrar al otro lado el pedazo de metal ya suelto, dejando libre el agujero por el que el vehículo cruzó al otro lado de la puerta. El monofaro iluminó la gran nave.

Resultaba difícil dar crédito a lo que estaba viendo, montañas de lingotes bien ordenados. El androide Row-2 que los analizaba a distancia, iba diciendo:

—Oro..., Xolon...

Aparecieron después cajas repletas de brillantes tallados, algunos de ellos como puños y también los había grandes como una cabeza humana.

En aquel lugar había tal acumulación de lingotes de metales preciosos y cajas repletas de brillantes tallados, que resultaba impensable que la cosmonave pudiera trasladar al planeta Tierra semejante tesoro en menos de tres viajes.

Llegaron a otra rampa descendente. Cada vez se hundían más en el subsuelo del planeta.

Encontraron nuevos cilindros de cristal conteniendo a seres congelados.

Tenían todos los ojos abiertos y sus rostros no reflejaban terror ni nada que se le pareciera, eran como estatuas de carne congelada.

Aquellos seres eran ya más hermosos, mucho más parecidos a los terrícolas y había varones y hembras de distintas edades.

Se toparon con otra puerta parecida a la anterior, pero Row-2 advirtió:

—Espesor noventa y tres centímetros.

—¡Diablos! Si la otra guarda un tesoro de lingotes y brillantes, ¿qué guardará ésta?

El tiempo de corte no fue matemáticamente el doble si no mucho más, la puerta se resistía. Al final, cedió y con el morro del vehículo desplazaron el pedazo de metal cortado.

Pasaron al otro lado y cuando la luz del monofaro iluminó el frente, Noi se sintió cegado, todo se llenó de una luz vivísima. Había allí tanta luz que el propio Noi era incapaz de ver, parecía que se enfrentara al mismísimo sol.

Apagó la luz del monofaro de forma instintiva y se hizo una oscuridad total.

—Entonces es que se trata de luz de reflexión —se dijo.

Volvió a encender el monofaro, rebajando la potencia, mas todo seguía lleno de luz.

El vehículo avanzó despacio entre una doble hilera de cilindros que encerraban a jóvenes de piel blanca y de una belleza singular. A la izquierda había varones de cabellos rubios, morenos, de melenas rojizas, y a la derecha, muchachas hermosísimas también con cabellos de distintas tonalidades, hembras espléndidas heladas para la eternidad.

Al fin, detuvo el vehículo.

Frente a él había una pared de cristal y engarzado en ella, con metales que traspasaban el propio cristal, un brillante de casi dos metros de diámetro.

Resultaba escalofriante pensar en los quilates que debía tener.

Aquel brillante era el culpable de la brutal reflexión de luz. Cualquier rayo que se dirigiera a él, resultaba multiplicado y todo quedaba inundado de luz.

Casi atónito, se acercó para tocarlo con sus manos enguantadas, pues seguía protegido por el traje de supervivencia espacial, ya que allí no había atmósfera. Aquél parecía ser el gran tesoro; sin embargo, había más.

Tras el brillante estaba…

—Increíble —musitó el terrícola.

Allí había una cápsula transparente de criogenización. No era un simple cilindro de cristal que aislaba los cuerpos congelados del exterior, encerrando cuerpos muertos, helados por completo, cuerpos a los que bastaría golpear con un martillo para que se hicieran pedazos como si de frágiles cristales se tratara.

El cosmonauta terrícola sabía muy bien lo que era una cápsula de criogenización y allí, al otro lado del cristal en que se engarzaba el gigantesco brillante, había una cápsula dentro de la cual yacía una maravillosa mujer que jamás hubiera llegado a soñar.

Tenía larguísimos cabellos de color oro blanco y sus ojos estaban cerrados, al revés de todos los otros seres que permanecían encerrados en sus celdas de cristal y que tenían los ojos abiertos.

No podía verla bien del todo por la posición en que se hallaba, pero Noi jamás había quedado tan impresionado como en aquella ocasión. Resultaba difícil discernir si todo no sería una alucinación.

Se hallaba frente a lo que se consideraba el sueño de todos los cosmonautas que para él se estaba convirtiendo en realidad.

Observó que la puerta era el propio y enorme brillante. Había un hueco en la recia pared de cristal que quedaba cubierto por el brillante, tallado con tal precisión que no había la más leve fisura.

Con el láser cortó los engarces del brillante que eran de valiosísimo metal de xolon. El androide, con su espectacular fuerza, quitó el brillante de su lugar.

—Para sacarlo de aquí habrá que venir con el cargador y ensanchar los agujeros de las puertas.

La gigantesca piedra preciosa quedó en el suelo y Noi pasó al otro lado de la pared de cristal, acercándose a la cápsula de criogenización para ver mejor a aquella impresionante hembra que debía haber sido reina, emperatriz o princesa, ¿quién lo sabía ahora?, de una civilización desaparecida.

Se acercó a los cuadros de mandos y observó que funcionaban.

—En el subsuelo debe haber una pila atómica que alimenta todo este sistema y también a los cañones que atacan automáticamente a cualquier objeto que pase por la vertical de esta especie de tumba,

panteón o no sé cómo llamarlo —observó Noi en voz alta, mientras el androide parecía escucharlo.

Los medidores eran muy diferentes a los empleados en la tecnología terrícola, pero dedujo que con la ayuda de la computadora central de su cosmonave conseguirían averiguar su funcionamiento.

Mientras, permanecerían sin tocar nada por si una equivocación ocasionaba la muerte irreversible de la desconocida y bellísima mujer.

—Volveremos por ti —musitó, mirándola.

Ordenó a Row-2 que subiera al vehículo e iniciaron el regreso.

Noi tuvo la impresión de que en el ambiente sonaba como una música de procedencia lejana o quizás fuera un rumor.

Detuvo el vehículo y escuchó…

—¿No oyes nada, Row-2?

—No oigo nada, no oigo nada —contestó el androide.

—Qué raro, será la imaginación que me juega malas pasadas, pero tengo la impresión de oír una voz de mujer que me habla. No entiendo nada, pero es agradable como un canto.

—No oigo nada, no oigo nada.

Noi recogió un par de brillantes de los más grandes y cuatro lingotes de distintos metales preciosos. Con ese botín de muestra, regresó a la cosmonave.

CAPITULO IV

—Pegot nos ha descubierto —anunció Santmort con gesto sombrío.

—¿Estás seguro?

—Si

—¿Por qué?

—Me ha exigido identificación bajo amenaza de ataque.

—¿Qué le has dicho?

—Me he identificado, no me quedaba otro remedio.

—¿Y?

—Como si fuera un comisario policíaco, me ha preguntado qué hacemos aquí.

—¿Le has dicho que tenemos averías?

—Sí, y que estamos en fase de reparaciones.

—¿No se han quedado satisfechos?

—No.

—¿Qué quieren?

—Van a enviar una patrulla. Dicen que para ayudarnos en las averías, pero eso no es más que un intento de registro encubierto y no creo que sea bueno dejar a esos imperialistas que se metan en nuestra cosmonave. Nos vaciarían hasta la memoria del ordenador central.

—¿Les has dado paso franco?

—No. Les he dicho que el comandante, o sea, tú, estabas de exploración buscando minerales con alto contenido de oxígeno para renovar nuestra atmósfera artificial.

—¿Y se han quedado tranquilos?

—No. Se han detenido a dos mil kilómetros por encima de nosotros y desde allí nos estarán vigilando; por si acaso se les ocurre dispararnos, tenemos la coraza antifotónica colocada. Nunca se sabe lo que nos pueden hacer esos bastardos.

—No es nada conveniente que se nos acerquen ahora. Row-2, ven.

Santmort miró hacia la puerta.

Entró el androide llevando en una caja plana los lingotes y los brillantes.

Santmort, al verlos, silbó admirativo. Se acercó, tomó uno de los brillantes en sus manos y lo sopesó.

—Esto vale una fortuna. Jamás he visto un brillante tallado de ese tamaño.

—Pues cuando veas el brillante que he dejado en esa especie de templo, te vas a asustar.

—¿Tan grande es?

—Mucho.

—Entonces, ¿hemos encontrado un tesoro? —preguntó Santmort, alterado por la noticia.

—Sí. Fíjate en los lingotes, son de oro, xolon y platino.

—Y parecen totalmente puros. ¿Como cuántos habrá?

—Muchas toneladas de cada. Podríamos llenar tres veces o más las bodegas de nuestra cosmonave y brillantes como éstos los hay en cantidad, he visto muchas cajas llenas de ellos.

De pronto, Santmort reaccionó lanzando un grito de alegría y comenzó a dar saltos y a bailar sin música.

—¡Al fin, al fin somos poderosos, lo hemos encontrado, lo hemos encontrado!

—Despacio, Santmort, la situación es más difícil ahora. Tenemos la cosmonave averiada. Pegot, con sus milicianos, está arriba vigilándonos y hay otra cosa más importante.

—¿Más importante aún?

—Sí.

—Vamos, hombre, dispara. ¿Piensas que puedo morirme del susto?

—La propietaria de todo este tesoro está ahí dentro.

Santmort cambió la actitud, dejó de bailar y como si acabara de ver una ballena reptando por aquel planeta muerto, expresó su sorpresa.

—¿Quieres decir que la propietaria del tesoro está viva?

—Eso parece.

—No puedo creerlo.

—Está dentro de una cápsula de criogenización.

—¡Por todos los meteoros del universo, eso es una suerte para nosotros! Cargamos la cosmonave y nos largamos sin despertarla. Seremos ricos, Noi, inmensamente ricos. Montaremos nuestra propia flota espacial de exploradores y en el planeta Tierra levantaremos un edificio impresionante que llevará nuestros nombres de forma que se puedan ver desde las órbitas a simple vista.

—No, Santmort, no.

—¿Cómo que no?

—Tenemos la obligación de despertarla. No podemos robar su tesoro mientras se halla sumergida en el sueño gélido de la criogenización.

—Si no se va a enterar, y tiene mucho. Tú lo has dicho.

—Hay que despertarla y averiguarlo todo sobre ella.

Ante aquella decisión, Santmort preguntó;

—¿Y esperar que luego nos dé unos pocos lingotes de metales preciosos como agradecimiento?

—No, eso tampoco. Tomaremos nuestra parte y se lo diremos a ella.

—¿Y si no lo entiende?

—Se lo haremos comprender.

—No me gusta tu plan.

—Porque eres un canalla sin escrúpulos.

—Despacio, Noi, despacio, hemos invertido muchos créditos en llegar hasta aquí. Después de descifrar en parte la criptoonda hemos hallado el tesoro y es justo que ahora seamos ricos.

—Aunque nos llevemos una parte modesta de lo que he visto dentro de esa especie de cripta, panteón o templo, no sé como llamarlo, seremos inmensamente ricos.

—Me estoy temiendo que tú te vas a conformar con poco y yo, no.

—No te las prometas tan felices, Santmort. Pegot está arriba vigilándonos y es posible que me hayan visto saliendo del templo con el aerodeslizador. ¿Crees que si nos atacan podremos resistir y obligarles a largarse?

—Recuerda que pagamos nuestros buenos créditos para poseer armas por si éramos atacados.

—Es verdad, no tenemos malas armas, pero sólo una cosmonave.

- Y una lanzadera armada.

—Es cierto.

—Y un vehículo aerodeslizador que puede colocar armamento entre las montañas.

—Sí, pero es poco porque ellos tienen milicianos que no hacen otra cosa que vivir y pensar para la guerra. Es mejor negociar, engañarlos, conseguir que no se den cuenta de nada.

—¿Como no se van a dar cuenta, si entran en ese templo del subsuelo?

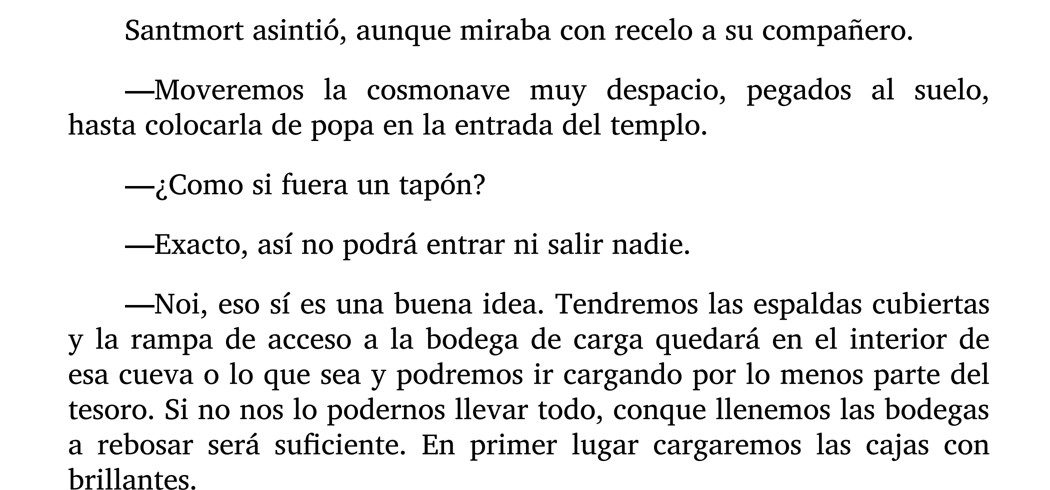
—Espera. Santmort, se me ha ocurrido una idea.

—¿Genial o tan idiota como la de despertar a la reina criogenizada para que nos diga que el tesoro es suyo? Aunque, después de todo, si no tiene guerreros para defender el tesoro, ¿de qué iba a servirle el pataleo?

—¿Serías capaz de robar, aprovechándote de la fuerza?

—Hombre, dicho así...

—Es que no hay otra forma de decirlo. Ahora, si callas, te explicaré el plan.



Santmort asintió, aunque miraba con recelo a su compañero.

—Moveremos la cosmonave muy despacio, pegados al suelo, hasta colocarla de popa en la entrada del templo.

—¿Como si fuera un tapón?

—Exacto, así no podrá entrar ni salir nadie.

—Noi, eso sí es una buena idea. Tendremos las espaldas cubiertas y la rampa de acceso a la bodega de carga quedará en el interior de esa cueva o lo que sea y podremos ir cargando por lo menos parte del tesoro. Si no nos lo podernos llevar todo, conque llenemos las bodegas a rebosar será suficiente. En primer lugar cargaremos las cajas con brillantes.

—Un momento, Santmort, no cargaremos hasta que las condiciones nos sean favorables. Solventaremos los problemas de las averías y si no queda otro remedio, recibiremos a la embajada que nos envíe Pegot.

—¿Crees que conseguiremos despistarlos?

—Lo intentaremos. Si hay que luchar, lucharemos.

—¿Hasta las últimas consecuencias?

—¿Qué te parece si en vez de seguir hablando nos ponemos manos a la obra?

—Adelante, Noi. Lo que importa es que podamos salir vivos de aquí y con las bodegas repletas con ese tesoro que hemos descubierto. Por cierto, ¿sólo está criogenizada esa mujer de la que hablas?

—Por lo que yo he visto, sí. Hay más seres, pero ésos ya están muertos de forma irreversible.

—Oye, Noi...

—¿Sí ?

—¿Cuentas con los cañones que disparan automáticamente? Me refiero a los que nos han dañado a nosotros.

—Sí. Conocemos los lugares exactos de su ubicación y al avanzar con la cosmonave los sortearemos.

—Mejor, no me gustaría que nos dieran en la panza.

Noi se acomodó en la butaca de mando y control general y abrió todos los circuitos, dejando la cosmonave lista para despegar.

Encendió motores. Se elevó escasamente unos palmos del suelo y con el empuje de los motores laterales, se fue desplazando lentamente.

Sortearon las salidas de los cañones automáticos que protegían aquel lugar, ahora profanado por los terrícolas, y consiguieron llegar hasta la boca abierta por la granada termonuclear.

Noi continuó maniobrando hasta encajar la popa en el boquete, tapándolo.

—Después, detuvo la cosmonave y apagó motores.

Santmort gritó:

—¡Lo has conseguido!

—Sí, pero Pegot y sus milicianos habrán observado nuestra maniobra y se preguntarán el porqué de la misma.

—Tengo unas ganas locas de meterme en esa cripta y ver lo que hay.

—Vale más que por el momento te contentes con ver la grabación de lo que hay dentro. Hemos de empezar las reparaciones; si los hombres de Pegot bajan, que nos vean en pleno trabajo.

—De acuerdo —aceptó Santmort, que hubiera deseado poder llenar las bodegas con el tesoro y partir de inmediato hacia el planeta Tierra para proclamar que eran los cosmonautas más afortunados de toda la historia de la civilización terrícola.

Pusieron a trabajar a los androides, los cuales iniciaron la difícil labor de las reparaciones. Como ventaja tenían que no les era necesario el traje de supervivencia, ya que no respiraban.

—Ahí los tenemos.

Santmort se le acercó.

—¿Los hombres de Pegot?

—Sí, nos han enviado una lanzadera de desembarco múltiple.

—¿Como cuántos crees que vienen en ella?

—En esa lanzadera caben como dos docenas, pero es posible que

no esté llena.

—¿Qué hacemos? Si descubren que sólo somos dos, nos pueden atacar.

—Muy fácil. Les diremos que a bordo, por necesidades de mantenimiento y a causa de las averías que tenemos, sólo pueden subir tres.

—Me parece bien y no hay que dejar que se separen para husmear por el interior de nuestra cosmonave.

—Sí. De cuando en cuando, envía órdenes por el sistema de megafonía interior.

—Haremos un poco de teatro; pero si alguno de esos malditos intenta algo, me lo cargo —advirtió Santmort, palmeando la pistola polivalente que colgaba de su cinturón.

—Veo que ya te has armado.

—Es una situación difícil. Hay que andarse con cuidado. No sé si te acuerdas de que los seres del imperio de Tawgan carecen de eso que nosotros llamamos conciencia. Para ellos, matar a un ser que no pertenezca a su imperio no tiene más importancia que para nosotros aplastar a un escarabajo terrestre. Lo que es yo no les voy a dar la espalda.

—Ni yo tampoco, pero hagámoslo con disimulo. Un exceso de recelo por nuestra parte les puede poner aún más en guardia.

La lanzadera de los hombres de Pegot se detuvo frente a la cosmonave terrícola.

Noi temía que los cañones automáticos, custodios de la hermosa hembra criogenizada en el subsuelo del planeta Amarillo, comenzaran a disparar, pero no lo hicieron, no debió accionarse ninguno de sus estímulos.

—¡Terrícolas, terrícolas!

— Ya están pidiendo que les dejemos invadir nuestra cosmonave. Quieren abordarnos —gruñó Santmort.

CAPITULO V

Noi abrió el canal de telecomunicación y en pantalla apareció la figura oscura, delgada, fría pero amenazante, de un ser con uniforme.

Su morfología era similar a la de los terrícolas, aunque con algunas variantes.

El mentón terminaba totalmente en punta y el cráneo era más aplastado. Las orejas eran completamente redondas y sus ojos, más pequeños y doblemente alargados.

Su dentadura también era distinta; era dentadura molturadora y no de colmillos para el desgarro como los terrícolas.

—Vaya, si es el mismísimo Pegot —observó Noi, importándole muy poco que aquel ser humano de una civilización muy distinta a la del planeta Tierra le pudiera oír.

Pegot vestía un uniforme equivalente a uno de los mariscales habidos en los siglos precedentes al veinte de la civilización terrícola.

Utilizaba un casco protector para el cráneo y no llevaba traje de supervivencia, quizás porque creía que podría pasar de su lanzadera al interior de la cosmonave terrícola sin problemas.

—Terrícolas, soy Pegot, el hijo del emperador Tawgan.

—Muy bien, Pegot. ¿Qué deseas?

—Haceros una visita de amistad y ayudaros en vuestros problemas. Conocemos vuestras dificultades y deseamos ayudaros para que podáis reanudar viaje.

—Muchas gracias, Pegot.

Noi sabía que no era bueno rechazarlos por completo. Había que evitar el enfrentamiento con aquellos imperialistas que podían intentar un abordaje.

—No necesitamos ninguna ayuda, son averías que podemos solventar por nuestra cuenta. No obstante, os invitamos a subir a bordo, lo malo es que por normas de mantenimiento sólo pueden subir tres hombres.

—¿Tres? Yo llevo un séquito considerable —protestó Pegot.

—Me lo imagino, pero sólo pueden subir tres; no podríamos garantizar la seguridad de más hombres.

—Está bien, subiremos tres —aceptó Pegot—. Desplazad la rampa.

—Lo siento. La rampa está en popa y por lo tanto, no accesible. Hemos tenido que abrir un boquete en la roca para asegurarnos una protección en las áreas afectadas.

—No entiendo —casi gruñó Pegot.

—Lo comprendo, porque supongo que no eres un ingeniero cosmonaval.

—Tengo asesores.

—Lo imagino.

—¿Quieres decir que con la lanzadera no podremos acceder hasta vuestra cosmonave?

—Tendréis que subir por la escalera de emergencia y protegidos con el traje de supervivencia espacial.

Todos aquellos obstáculos no se los esperaba Pegot, el futuro emperador de una civilización particularmente agresiva.

Tras un frío intercambio de saludos, interrumpieron la telecomunicación.

Santmort gruñó:

—Ese bastardo nos va a odiar.

—Mientras no nos ataque.

—Esperemos que no descubra nada del tesoro.

—Los lingotes y los brillantes están bien escondidos, ¿verdad?

—Sí, claro, los largaremos en seguida.

—No creo que sea tan fácil. Esos se huelen algo y quieren averiguar lo que haya.

—¿Crees que nos destruirían por el simple placer de destruirnos?

—Quizás, aunque pueden albergar el temor de que nosotros hayamos dado nuestra posición a nuestras fuerzas confederales, y si somos atacados siempre podríamos sospechar de ellos.

—Lo mejor es enviar un mensaje a múltiples bandas, advirtiendo que somos visitados por Pegot.

—Sí, me parece bien. Si somos atacados, nuestras fuerzas confederales ya sabrán a quien cargar el muerto, aunque a la distancia que nos hallamos de nuestras fuerzas, sería materialmente imposible que pudieran aparecer en nuestra ayuda.

Pegot y dos hombres de su séquito descendieron de su lanzadera equipados con el traje de supervivencia.

Se dirigieron a la escalerilla de emergencia por la que treparon hasta entrar por la escotilla a una cámara de despresurización en la que quedaron muy comprimidos debido a la estrechez de la misma y a ser ellos tres e ir ataviados con los trajes de supervivencia que abultaban considerablemente. Eran trajes de color azul metálico.

Santmort, que los vigilaba a través de una pequeña pantalla, se rió de ellos.

En aquellos momentos, Pegot debía sentirse humillado. Noi comentó con su compañero:

—Tratará de desquitarse.

Noi fue a recibirles a la salida de la cámara de despresurización.

Era fácil reconocer a Pegot pese a estar embutido en el traje de supervivencia espacial, pues el traje llevaba adheridas una serie de distinciones y emblemas que los otros dos no mostraban en la misma cantidad ni muchísimo menos.

Uno de ellos sólo ostentaba lo que podían considerarse distintivos de graduación y el otro sí llevaba distinciones que debían corresponder a una alta jerarquía.

—Bien venido a bordo, Pegot.

El hijo del emperador se estiró, molesto. Tras quitarse el yelmo del traje espacial, preguntó:

—¿Tan mal estáis a bordo?

—Tenemos la bodega despresurizada. En fin, algunas averías que

son subsanables.

—Si os hace falta material y hombres, podéis contar con nosotros.

—Sí, eso dice la carta galáctica que nuestros respectivos gobiernos han firmado

—Bien, bien. ¿Habéis sufrido algún tipo de ataque?

—Meteoritos.

—¿Meteoritos? ¿Es que vuestros suprarradares no los detectaron?

Noi se vio obligado a mentir para que Pegot no sospechara.

—Precisamente sufrimos una avería en el suprarradar automático y fuimos cazados por un grupo de meteoritos que nos cogió por sorpresa, ya sabes, un accidente suele provocarse por varios factores negativos, pero podéis pasar a nuestra sala de control.

—Bien, muy bien —aceptó Pegot.

Noi observó que el ente que no llevaba emblemas ni distintivos iba armado y no con una simple pistola. Se lo quedo mirando.

—¿Qué sucede? —preguntó Pegot.

—Tu acompañante da la impresión de que va a atacarnos con ese fusil polielec.

—Sí, es un buen fusil el polielec, pero no vamos a atacar a nadie. Simplemente viene custodiando mi persona.

—¿Tienes miedo de que te ataquemos?

—No, claro que no. De lo contrario, no estaría aquí.

—Entonces, es mejor que el guardaespaldas deje el fusil polielec aquí.

—Su obligación es acompañarme, fuertemente armado.

—En ese caso de total desconfianza hacia quien te abre la puerta de su cosmonave, te puedes marchar.

—¿Cómo? —preguntó, brillándole los ojos, que tenían una longitud horizontal doble de los del propio cosmonauta terrícola—. Está bien. —Miró a su guardaespaldas y conteniendo su ira, le ordenó —: Deja el fusil. Lo recogerás a la salida.

El custodio de la vida de Pegot dejó el arma con visible recelo.

—Seguidme.

Se adentraron en la cosmonave donde se oían golpes por todas partes.

Santmort captaba los ruidos de los trabajos de los androides, los multiplicaba con unas grabadoras y los hacía pasar por los altavoces. Al oír aquellos golpes, daba la sensación de que docenas de hombres estaban trabajando.

Llegaron a la sala de control desde cuyas ventanas podía contemplarse la superficie del planeta Amarillo, las rocas y también la lanzadera.

—Atención, atención, brigada diez que se traslade a la bodega cuatro. Cambiaremos atmósfera y comprobaremos fiabilidades... —repetía Santmort. Antes de encarar su rostro con los visitantes, continuó—: Atención, brigada dos a sección motores. Atención, brigada dos a sección motores...

—Se volvió luego para decir—: Bien venidos a bordo.

Pegot preguntó:

—¿Son mucha gente?

—Si, unos cuantos —respondió Noi, evasivo.

—¿Vais cargados o de vacío?

—De vacío —contestó Noi, sin acusar que estaba siendo víctima de un grosero interrogatorio.

—¿Y hacia dónde os dirigís? Lo pregunto para poderos dar escolta por si se repite alguna de las averías.

—Oh, gracias; pero si hay averías nos arreglaremos solos. Tenemos personal altamente cualificado y suficientes piezas de repuesto.

—Si el viaje es largo...

—Hemos de ir a Vulcano-5.

—¿A Vulcano-5? Qué casualidad. Hacia allá nos dirigimos nosotros.

—¿Y qué vais a cargar allí? —preguntó Noi, dando la vuelta a la situación.

—Sólo vamos a reponer el personal de nuestra embajada.

—Pues nosotros nos dirigimos a ese lugar para recoger unos contenedores.

Como que Noi no decía más, Pegot se movió de un lado a otro.

Los tres observaban las instalaciones hasta que Pegot inquirió:

—¿Por qué tenéis las pantallas apagadas?

—¿Las pantallas?

—Sí, las pantallas que reflejan las dependencias. Supongo que controlaréis a los especialistas de mantenimiento.

—Así es, pero el sistema de televisión está afectado parcialmente, a ratos funciona y a ratos no —dijo ahora Santmort. Encendió una pantalla y apareció la propia imagen de Pegot, distorsionada.

—Sí, ya veo. ¿Y vais a estar aquí mucho tiempo?

—Sólo el imprescindible —respondió Noi.

—Pero tendréis hecho un cálculo...

—No exactamente —replicó Noi—. Hay averías que, en principio, parecen fácilmente subsanables y luego se complican.

—Bueno, bueno. ¿Y no podríamos dar un paseo por las instalaciones?

—No quiero poner tu vida en peligro —le dijo Noi—. Tu padre no nos perdonaría que sufrieras un accidente.

—Podría visitar la cosmonave uno de mis representantes.

—Lo siento, pero no es posible en la situación en que nos hallamos.

Todas las sugerencias y peticiones de Pegot fueron barridas sistemáticamente por los cosmonautas terrícolas, hasta que al final, desairado, Pegot les dijo:

—Bien, bien, nos vamos, pero si precisáis nuestra ayuda sólo tenéis que pedirla.

Fueron conducidos de nuevo hacia la salida de emergencia, pasando primero por la cámara estanca de nivelación de presiones atmosféricas.

Descendieron por la empinada escalerilla metálica y terminaron marchándose con la lanzadera.

—¡Magnífico, los hemos largado! —gritó Santmort, satisfecho.

—No te las prometas tan felices. Esos recelan.

—Pero no han podido hacer nada.

—No hasta ahora. Ojalá se largaran de la órbita de este planeta cuando lleguen a su cosmonave, pero me apostaría el gran brillante de la cámara de la princesa a que no se van todavía.

—¿La cámara de la princesa?

—Sí, de la mujer criogenizada.

—¿De veras es una princesa?

—A mí me lo parece. Ella es ahora nuestro objetivo prioritario.

—¿Ella? Mejor sería el tesoro. Luego la despertamos por si hay .que salir a toda propulsión.

—No. Los androides han de reparar las averías. El tesoro se deja para lo último.

—Un momento, Noi, un momento. ¿No te tomas demasiado en serio eso de ser tú quien toma las decisiones? En este asunto somos socios.

—Sí, pero no al cincuenta por ciento.

—De todos modos, somos socios. Yo he pagado los cartuchos de combustible para que este cacharro que es tu cosmonave llegara hasta aquí y además, cinco de los siete androides me obedecen a mí y no a ti.

—Oye, Santmort, no pretenderás empezar ahora una guerra entre nosotros, ¿verdad?

—Nada de guerras, pero lo que hemos estado buscando por los planetas muertos antes de llegar a Amarillo ha sido el tesoro.

—¡Calla!

—¿Que me calle? ¡Ahora verás!

Santmort atacó con los puños a Noi. Este consiguió esquivar un golpe, pero no los dos que le siguieron.

Noi replicó entonces con contundencia y Santmort rodó por el suelo de la sala de control.

Noi se le lanzó encima como si se enfrentaran en una lucha feroz.

Sujetó por el cuello a Santmort, el cual trató de hundirle la rodilla entre las piernas, pero Noi le gruñó al oído:

—No seas imbécil. Han dejado un espía electrónico. Acabo de verlo.

—No es posible.

—Sí, está en tu panel de telecomunicaciones. —Después alzó la voz, amenazante, y advirtió—: Si vuelves a pensar que en Vulcano-5 vamos a encontrar un tesoro, haré que los de la brigada Cuatro te encierren en el calabozo.

Santmort, tocándose la mandíbula afectada, se acercó al panel de control y descubrió el minúsculo aparatito que le habían dejado pegado junto al micrófono. Lo arrancó de aquel lugar, lo observó y silabeó después:

—Bastardo, hijo de zorra. Si crees que me la vas a jugar…

CAPITULO VI

Noi dejó que Santmort se adentrase en aquella especie de templo para que pudiera contemplar con sus propios ojos las maravillas allí acumuladas.

Noi no estaba muy seguro de que Santmort se portara bien.

La ambición y la codicia cegaban la razón y asesinaban la conciencia, lo sabía bien; a lo largo de toda la historia de la civilización terrícola, los seres humanos terrestres habían sido así y aún no habían cambiado.

—Si tocas la cápsula de criogenización, Santmort, si la tocas, juro que te mato —le advirtió después de que ya habían destruido el microespía electrónico que uno de los acompañantes de Pegot había dejado en la cosmonave para enterarse de los planes de los terrícolas.

Santmort se echó a reír.

—¿Me crees capaz de una cochinada?

—Por eso mismo te lo advierto.

—Está visto que cuando lleguemos con el tesoro a nuestra amada Tierra tendremos que repartir el tesoro a partes iguales, porque como socios vamos a funcionar mal.

—Posiblemente y descuida, que con lo que hay ahí dentro tenemos suficiente para los dos, salvo que nos lo arrebate todo Pegot y sus milicianos.

—¿Crees que habrán oído algo?

—Posiblemente la palabra «tesoro» si la han oído. La tendrán grabada y la pasarán una y otra vez tratando de descifrar el misterio.

—Menos mal que ellos desconocen la existencia de ese templo en el subsuelo de este planeta Amarillo.

—También pueden haber captado las criptoondas.

—Captarlas, bueno, pero ¿y descifrarlas?

—Eso ya es más difícil —admitió Noi—, pero como somos unos

bocazas se van a enterar por nuestra propia voz. De todos modos, no se habrán creído que llevamos las bodegas vacías. Nuestro recelo evidente hacia ellos les hará sospechar que llevamos a bordo algo importante.

—¿Crees que nos atacarán?

—No lo sé —suspiró Noi—. De momento, se han quedado al acecho. Después de regresar Pegot a su gran cosmonave, una cosmonave que tiene unas dimensiones diez veces superiores a la nuestra, no han proseguido su ruta, se mantienen donde están.

—Si nos atacan, les daremos lo suyo —gruñó Santmort.

—Si nos atacan, dejaremos conectado el sistema de autodestrucción a la máxima potencia. De este modo, si nosotros caemos en la lucha, la cosmonave se autodestruirá y abrirá un cráter en este lugar de por lo menos diez kilómetros de diámetro.

—¿Crees que devastará el templo?

—Sí; lo fundirá.

—Mejor, así Pegot no se aprovechará de su ataque.

Santmort se internó a pie en el templo para contemplar las riquezas allí acumuladas.

Cuando regresó, sus ojos todavía fulguraban de asombro.

—¿Qué te ha parecido?

—Es superior a lo imaginado.

—Ahora te darás cuenta de que no hay que desesperarse. Dormiremos en períodos de dos horas cada doce para mantener la vigilancia. He dejado listos los avisadores áticos por si la cosmonave de Pegot intenta acercarse o nos envían alguna lanzadera.

—Hay que solventar aprisa las averías y llenar las bodegas con ese tesoro. Somos fabulosamente ricos.

Los ojos de Santmort estaban demasiado brillantes como para hacerle razonar en aquellos momentos.

Santmort no quería comprender ni aceptar que todo el tesoro allí acumulado pertenecía a la mujer de la cápsula de criogenización, si conseguía volver a la vida.

Como era lógico, ellos podían cobrar un precio por la ayuda prestada, si es que la bella durmiente no lamentaba haber sido despertada.

Noi preparó el transportador y con él descendió por la rampa, haciéndose acompañar por el androide Row-2 mientras los otros androides se ocupaban de reparar las averías.

Llevaba consigo el cortador láser dispuesto para cortar las puertas en su totalidad y que el gigantesco brillante pudiera ser extraído y cargado en la cosmonave.

Comenzó la ardua tarea del corte de las puertas.

Cuando éstas caían, el cargador que avanzaba con rodamientos oruga pasaba por encima de ellas.

Avanzó por entre la doble hilera de hermosos jóvenes, helados dentro de los cilindros de cristal de los que ya no saldrían jamás.

Llegó a la cámara de criogenización que podía ser un equivalente a la gran cámara funeraria, pero con posibilidades de retorno a la vida.

El brillante reflejó la luz del faro del cargador, pero en esta ocasión, Noi iba ya protegido con un visor adecuado para no cegarse ante tanta reflexión de luz.

Entre él y Row 2 pasaron los cables, revestidos de caucho para no dañar la carga, en torno al gigantesco brillante.

La grúa del cargador lo elevó y lo depositó luego con sumo cuidado en la plataforma. Después, iniciaron el regreso a la cosmonave. Santmort acudió corriendo para tocarlo, palparlo. Quería convencerse de que todo aquello no era un sueño si no una realidad.

—No habrá quien pueda pagarlo.

—Salvo que sea un gobierno confederal que quiera conservarlo en un museo o algo por el estilo.

—Si lo troceáramos sería más vendible.

—No digas estupideces, Santmort. No se trata de venderlo, es una pieza única y como tal hay que conservarla y sobre ella decidirá la princesa.

—Al diablo con ella. No la despiertes, que siga durmiendo.

—Santmort, te había creído capaz de algunas estupideces, pero no de canalladas.

—Aquí no se trata de tonterías, aunque si quieres despertarla puedes hacerlo. ¿Cómo va a exigir ella la propiedad del brillante y del resto del tesoro? ¿Con qué fuerza?

—¿Tratas de imponer la ley del más fuerte?

—Esa ha sido siempre la ley a la que todos nos hemos tenido que someter.

—Pensando así, le das la razón a Pegot que pretende apoderarse de todo por la simple razón de la fuerza, de tener más armas o más milicianos a sus órdenes.

—¿Intentas darme una lección de filosofía?

—No, sólo trato de decirte que la Ley está para protegernos de los que piensan que la fuerza es la razón del poder de los que roban y explotan a su prójimo, de los que saquean y genocidan a civilizaciones completas llamando a sus crímenes conquistas imperiales.

—Está bien, déjalo, no hablemos más de este asunto. No quiero pelearme otra vez contigo.

—Mejor así. Pondremos el brillante dentro de un contenedor debidamente resguardado.

—¿Y los demás brillantes?

—Habrá tiempo.

—¿Te ha impresionado esa durmiente hasta el punto de haberte enamorado de ella?

—No digas tonterías, Santmort.

—No es ninguna tontería, yo también he visto a esa mujer y me ha impresionado, no podría ser menos. Su belleza yo la calificaría de total, pese a estar blanca como el mármol por la criogenización a que se halla sometida. Pero lo que sucede es que yo soy más práctico que tú.

—¿Ah, sí?

—Con la fortuna que hay ahí dentro, puedo tener en mi cama todas las mujeres que quiera.

—¿Piensas que todas son unas zorras?

—Todas, no, pero casi todas. Hazme caso, Noi, no te hagas ilusiones con ella. No sabes lo que puede pensar su cabecita. Pertenece a una civilización desconocida de la que nada sabemos. A lo mejor le da por asesinarte mientras duermes y luego te asa como a un pollo y te devora.

—Es evidente que tratas de desanimarme, pero, no temas, todavía no estoy loco por la princesa. Ahora voy a despertarla, no podemos robar a un ser mientras duerme después de haber violado y profanado su morada. Eso sería, lisa y llanamente, un robo.

—Yo no lo veo de esa manera. ¿De veras crees que le vamos a hacer un favor despertándola? Su civilización ha desaparecido, quedará a nuestra merced. Ella nos temerá, se sentirá nuestra prisionera. En su mundo debieron pensar que algún día su civilización se regeneraría, que allí la despertarían y todo volvería a ser bueno para ellos, pero ya ves que no ha sido así. En este planeta Amarillo no hay nada, absolutamente nada vivo salvo esa mujer que aún está por ver si revive en plenas facultades. Quizás la criogenizaron cuando agonizaba con alguna enfermedad incurable.

—Cuando despierte, sabremos toda la verdad sobre ella, de momento, lo importante es despertarla y ayudarla.

—No obstante, toma precauciones. Insisto en que es una desconocida y no sabes la sorpresa que puede darte. El que se parezca a las hembras terrícolas y su belleza sea tan cegadora como la del brillante, aunque para mí no hay comparación, puede convertirla en un elemento peligroso.

Con apoyo del ordenador central, Noi había estudiado el funcionamiento de la desconocida cámara de criogenización.

Cuando tuvo las claves en su mano, regresó a la morada en el subsuelo del planeta Amarillo.

Volvió a extasiarse frente a la hermosura de aquella desconocida que yacía desvalida ante cualquier ataque de que pudiera ser objeto.

Las gruesas puertas habían sido su salvaguardia, pero los terrícolas aventureros del espacio las habían profanado con suma facilidad, lo mismo que habían penetrado en la morada utilizando una granada termonuclear.

La vida de aquella hembra de civilización desconocida, una

hembra de edad incalculable, pues la edad no podía medirse en tiempo de vida absoluta, sino de vida activa, aquella vida podía ser destruida simplemente rompiendo la cápsula.

Comenzó a accionar los mandos sobre el esquema que había hecho y los medidores empezaron a moverse.

La temperatura fue ascendiendo aunque muy lentamente para evitar shocks. Noi observó que la mujer tenía clavadas en sus venas agujas de las que salían tubitos que luego desaparecían en la pared e imaginó que se trataba de la sangre que había sido extraída de su cuerpo y almacenada aparte.

Posiblemente, aquella sangre había sido sustituida por un líquido inerte y no congelable o que si se solidificaba no creara cristales que pudieran cortar los tejidos.

Volvió a tener la sensación de que le hablaba una voz lejana.

El despertar fue lentísimo.

Hubieron de pasar cuatro horas antes de que su piel adquiriera algo de color, lo que indicaba que la sangre comenzaba a penetrar en su cuerpo.

Dos horas más tardó en abrir los párpados.

Al fin, Noi pudo ver unos ojos maravillosamente verdes.

Desde el interior de la cápsula, la mujer descubrió la figura del terrícola y la siguió con sus pupilas.

Noi trató de que su gesto fuera amigable, que no se asustara en el despertar de un sueño tan prolongado.

Aún hubo de pasar tiempo antes de que la cápsula se abriera automáticamente.

Noi había tomado la precaución de taponar el agujero de cristal en el que estuviera el brillante con una plancha metálica y al mismo tiempo, con una manguera proporcionó la presión atmosférica necesaria.

En una caja había un traje espacial y junto a éste, el suyo propio del que se había despojado en parte.

Con la tapa curva de la cápsula, ella permaneció tendida como carente de fuerzas, pero sin pudor por su desnudez. Para ella, su

desnudez no debía tener más importancia que la de la naturalidad, así lo reflejaban los jóvenes que se hallaban en los cilindros.

—Soy amigo tuyo —le dijo Noi despacio, con su voz varonil, agradable y tranquilizadora.

Le tendió la mano y cogió la de la mujer para ayudarla a incorporarse. Ella miró en derredor, como buscando rostros conocidos.

—No hay nadie —le dijo Noi.

—¿Quién eres tú?

La pregunta sorprendió al terrícola.

Ella no había movido sus labios, ahora llenos de color. La pregunta había surgido directamente de su mente para introducirse en la del hombre por acción telepática.

—Me llamo Noi. Soy un cosmonauta terrícola.

—No me hables en abstracto. No puedo entenderte aun, desconozco tu lengua. Pon en tu mente imágenes que yo las descifraré.

Noi vio en su mente al planeta Tierra y varias imágenes de su civilización.

—Entendido, somos de civilizaciones distintas. ¿Tú me comprendes a mí?

—Sí. ¿Quién eres tú?

Ella entendió la pregunta y por primera vez despegó los labios para hablar, pronunciando una palabra.

—Nuriana.

La voz pareció al hombre de un tono y acento muy agradable.

—Noi. —Se tocó a sí mismo y repitió—: Noi. —Después, la señaló a ella y dijo—: Nuriana.

—Nuriana —asintió ella.

La ayudó a salir de la cápsula.

La mujer le dio la espalda y se dirigió a una pared que se abrió con sólo acercarse. Pasó al interior de la puerta y Noi respetó su intimidad, no pretendió seguirla.

Pasaron los minutos y ella volvió a salir, ahora vestida con un complet ajustado de color oro. Rodeaba su frente una diadema de metal xolon con brillantes engarzados en ella.

—¿Dónde está mí gente? —preguntó Nuriana.

—No hay nadie vivo —trató de explicar el hombre, poniendo en su mente varias imágenes para que ella pudiera descifrarlas.

—¿Sólo yo estoy viva?

—Sí, pero no temas; estás bajo nuestra protección.

—¿Protección?

—Sí. Afuera, en el cielo, hay enemigos.

—¿Qué enemigos?

—Unos seres de cuya existencia nada sabes.

—En este planeta hemos tenido muchos enemigos.

Noi comprendió que la mujer desconocía por completo la muerte total del planeta, su absoluta esterilidad y se preguntó a sí mismo si era posible que en aquel planeta hubiera existido vida alguna vez.

—No puedes salir de aquí.

—¿Prisionera?

—No.

—¿Qué ocurre?

—Afuera no hay aire para respirar.

—No es posible.

—Sí lo es. Quizás cuando tú fuiste colocada en la cápsula de criogenización había atmósfera, pero ha desaparecido. Eso quiere decir que ha pasado mucho tiempo. La propia atmósfera de este lugar debe haber reaccionado con los elementos que hay en derredor hasta desaparecer, o quizás por fisuras de paredes o puertas ha ido escapando.

Ella revisó unos medidores y Noi observó que palidecía.

Supuso que miraba el medidor del tiempo y no quiso preguntar cuál era el significado de aquellas medidas.

—Quiero salir.

—Tendrás que vestirte como yo o morirás.

No buscó la mirada de Nuriana cuando pasaron por delante de los donceles y las vírgenes que habían quedado allí, congelados para la eternidad.

La mujer parecía muy afectada y Noi ya no oyó como voces en su mente. Recordó haberlas oído antes de que ella regresara de nuevo a la vida y se preguntó si aún estando criogenizada podía enviar mensajes telepáticos. Se dijo que, científicamente, aquello era imposible, pero ¿acaso la ciencia había resuelto ya todas las incógnitas?

Pasaron por delante de las montañas de lingotes de metales preciosos y las cajas repletas de preciosísimos y grandes brillantes tallados con una perfección total hasta que llegaron a la rampa que les conducía al interior de la cosmonave terrícola.

Nuriana se detuvo y Noi captó su recelo.

—No tengas miedo, somos amigos.

—¿Y ellos? —preguntó la mujer, mirando a los androides.

—Son muñecos que me obedecen. No son seres orgánicos de sangre caliente como tú y yo.

Nuriana continuó adelante, penetrando en la cosmonave.

Se encerraron en la cámara de regulación de atmósfera y después pasaron al interior de las dependencias donde la atmósfera ya estaba controlada.

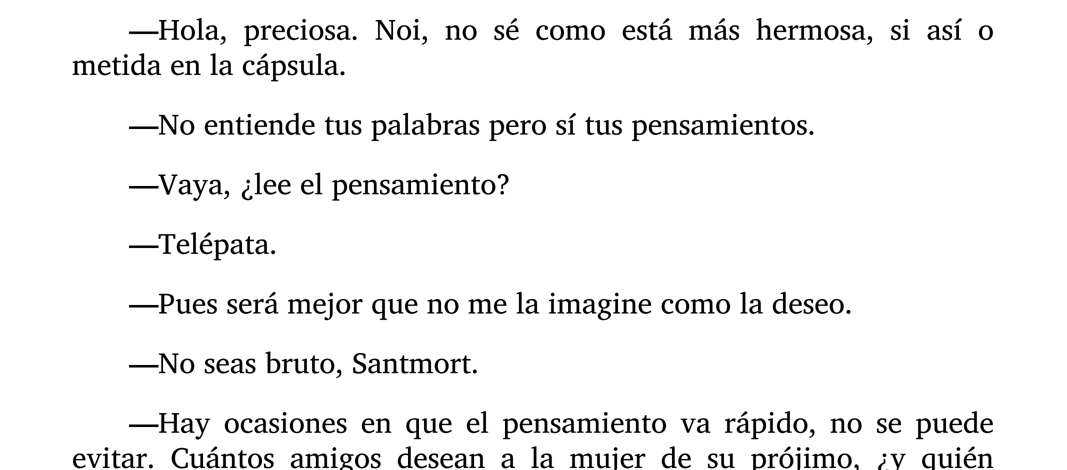
—Puedes quitarte ya ese traje —le dijo Noi.

Ella asintió e hizo lo mismo que el terrícola.

Prosiguieron hacia la sala de mando y control donde les aguardaba Santmort.

El microespía de Pegot había sido ya destruido, pero también cabía la posibilidad de que hubiera más. Para evitar tropiezos, Santmort había preparado unos zumbidos distorsionantes de sonido.

—Santmort —presentó Noi, señalando a su compañero. Luego la mostró a ella y dijo—: Nuriana.



—Hola, preciosa. Noi, no sé como está más hermosa, si así o metida en la cápsula.

—No entiende tus palabras pero sí tus pensamientos.

—Vaya, ¿lee el pensamiento?

—Telépata.

—Pues será mejor que no me la imagine como la deseo.

—No seas bruto, Santmort.

—Hay ocasiones en que el pensamiento va rápido, no se puede evitar. Cuántos amigos desean a la mujer de su prójimo, ¿y quién puede impedir que su imaginación se desborde?

—Lo vamos a evitar tú y yo.

—Un momento, hagamos la prueba...

Santmort se la quedó mirando fijo y, de pronto, ella se sonrojó.

Santmort se echó a reír y su carcajada se cortó con el puñetazo que Noi le propinó.

—Oye, socio, pegas demasiado duro. No es para tanto. Además, convinimos que no era sensato pelearnos.

—De acuerdo —admitió Noi, pero déjate de pruebas estúpidas.

Nuriana miró con recelo y temor a Santmort. Se volvió hacia Noi y preguntó:

—¿Dónde está mi gente?

—No hay nadie. Creo habértelo dicho.

—¿Nadie?

—Tu planeta ha muerto, tu civilización desapareció. Sólo quedáis tú, tu tesoro y los cadáveres que custodiaban tu morada.

La mujer se acercó a las ventanas de la cosmonave y miró hacia el exterior, llenándose los ojos de desolados y yermos paisajes donde cualquier clase de vida era imposible.

CAPITULO VII

Una gran congoja invadió a aquella hermosísima mujer llamada Nuriana.

Noi respetó su silencio, su dolor, hasta que ella quiso hablar.

Noi la obligó a alimentarse, arriesgándose a que rechazara sus alimentos, pero no fue así. Comió aunque muy poco.

—¿Cómo era antes este planeta?

—Era un planeta hermoso. Había prados, bosques, océanos.

—¿Qué ocurrió?

—La nube cósmica.

—¿Una nube cósmica?

—Sí, una nube cargada de gases venenosos, polvo fosfórico en suspensión, radio y ácido sulfúrico cristalizado o algo parecido.

—Eso es muy grave.

—Los científicos preveyeron que sería grave y tomamos nuestras precauciones.

—¿Por eso te criogenizaron?

—Sí. Nuestros científicos sólo tenían una cápsula que no estaban seguros de si funcionaría.

—Pues ha funcionado. Lo que no sé es el tiempo.

—Hemos girado en torno a nuestra estrella roja siete mil veces.

—Eso es mucho tiempo. La nube cósmica arribó y descargó sobre vuestro planeta, y lo asesinó recubriéndolo de fósforo, azufre, derivados del azufre y radio, por eso le llamamos el planeta Amarillo.

—Si, es lo que estoy viendo.

—¿Enviasteis mensajes?

—¿Adonde?

—Al espacio.

—Creo que sí, pero no lo sé con certeza.

—¿Poseíais cosmonaves capaces de saltar de este a otro planeta?

—No. Teníamos algunos satélites, pero habrán desaparecido también.

—Entonces, ¿tu civilización se halla debajo de esa capa de color amarillo?

—Posiblemente, habría que excavar para encontrarla. Por lo visto, la atmósfera fue atacada y los gases que quedaron se licuaron y solidificaron después, formando parte de la corteza dura del planeta.

—Sí, eso parece. No creo que merezca la pena levantar millones de toneladas de este mineral compuesto de color amarillento para buscar una civilización sepultada.

—Después de la muerte y desaparición total de la civilización a la que pertenezco, no deseo seguir viviendo.

—Si deseas que descubramos algo, podemos volar con explosivos nucleares alguna zona y sacaremos a la luz lo que haya sepultado.

—No, no quiero ver más muerte. Quiero morir yo misma, ya no tiene objeto que siga viviendo.

—Te equivocas, puedes fructificar en una nueva civilización.

—¿Una nueva civilización? El planeta está muerto.

—Este no es el único planeta que existe en la galaxia. Hay muchos otros.

—¿Con vida?

—Los hay con vida y civilizaciones muy avanzadas; otros tienen vida primaria de seres inteligentes y en algunos sólo existen pequeños animales y el reino vegetal. Tienes que vivir.

—¿Para qué? ¿Para que me lleves a tu planeta y me muestres como una especie rara de superviviente de una civilización perdida?

—No, si no es tu deseo.

—¿Para qué quiero vivir, entonces?

—Ya te lo he dicho, para que fructifique en ti una nueva civilización.

—¿Cómo es vuestra civilización?

—Buena y mala, o mala y buena, como prefieras, pero existen otros planetas para vivir. Ya te lo he dicho.

Nuriana no parecía muy decidida a sobrevivir después de constatar la muerte de toda su civilización.

—En realidad, ¿qué eras tú en tu civilización? —preguntó Noi, tratando de hacerse comprender, lo que le resultaba bastante difícil, aunque Nuriana, a medida que transcurrían los minutos, captaba más y más.

—¿Te refieres a qué hacía en mi civilización?

—Sí.

—Yo era hija de un científico y científico a mi vez.

—¿Científico? Creí que serías la reina, la princesa o algo por el estilo.

—¿Por qué?

—Por ser la superviviente.

—No. Fui elegida por sorteo entre un grupo de seleccionadas por tener perfectas las facultades físicas y por haber demostrado poseer un alto coeficiente de inteligencia.

—Entonces, ¿por qué tanto brillante?

—La elegida quedaba como representante para la posteridad de nuestra civilización.

—¿No había varones?

—Sí, pero el gran consejo de nuestra nación prefirió escoger a una mujer.

—¿Por qué?

—Porque en la cámara hay guardado un pequeño banco de espermas.

—Comprendo. Si tú te salvabas, manipulando tú misma con tus conocimientos científicos ese esperma, podrías hacer revivir vuestra

especie.

—Esa era la idea.

—Y parece que a ti no te agrada.

—No, no me agrada; pero si he sobrevivido, si tengo que continuar viva, debo acatar el programa en el que yo misma estaba incluida.

—Es muy duro aceptar eso.

—No para mí. Yo sabía cuál sería mi destino si aceptaba.

—Multiplicar tu especie sin tener un varón a tu lado para ayudarte a resistir, es pedirle demasiado a una mujer. Exigirle que salve a toda su civilización a través de sus entrañas...

—Si dudo es porque este planeta ya está muerto. ¿De qué va a servir que yo, utilizando el esperma que se congeló, dé hijos de mis entrañas para que ellos se multipliquen? No podrán sobrevivir en un mundo donde no hay ni siquiera aire para respirar.

—No solo no hay aire si no tampoco tierra cultivable. No hay vegetación ni posibilidades de obtener alimentos ahí a fuera. Además, están las radiaciones asesinas.

—Por eso dudo, por eso pienso que lo mejor es desaparecer. ¿Cuánto tiempo crees que este planeta tardará en volver a tener vida orgánica, atmósfera respirable?

—Quizás dentro de cientos de millones de años, quizás nunca.

—¿Te das cuenta como es inútil que sobreviva?

—Hay otros planetas, ya te lo he dicho.

—¿Y serías capaz de trasladarme a mí junto con...?

Bajó su mirada, rehuyendo la del hombre.

—¿Con el esperma guardado?

—Sí.

—¿Trasladaros a un planeta con atmósfera respirable, con vegetación y unas constantes de vida aceptables?

—Sí —asintió Nuriana de nuevo, alzando ya sus ojos.

—¿Por qué no? Preferiría otra cosa, pero si ése es tu deseo...

—No es mi deseo, es mi obligación. Me debo a toda una nación que me eligió a mí para su supervivencia. En el momento en que me encerré en la cápsula de vida eterna, dejé de ser yo misma para convertirme en el exponente de todos los míos. No obedecer ahora, cuando nadie puede obligarme, sería la peor de las traiciones.

Con un gran dolor de sentimientos, Noi tuvo que admitir que ella tenía razón.

El hubiera deseado otra cosa muy distinta, pero ya no podía exponérsela. Además de una grosería, habría sido un chantaje decirle que la amaba, porque era cierto que se había enamorado de la durmiente.

—Te llevaré a un planeta donde puedas sobrevivir y hacer renacer tu especie, tu civilización.

—Gracias. Me doy cuenta de que eres un ser bueno, un dios llegado de entre las estrellas para salvarme a mí y conmigo a todos los míos que un día desaparecieron bajo la nube cósmica asesina y que podrán resurgir desde lo más hondo de mis entrañas.

—No soy un dios. Sólo soy un terrícola, un ente de la civilización terrestre donde somos más malos que buenos. Vengo de la Unión Confederal de Naciones Terrestres y te tiendo mi mano para ayudarte a ti y a tu desaparecida civilización.

—Gracias, Noi, gracias —le dijo ella muy despacio con su mente mientras sus ojos se humedecían en lágrimas.

Aquellas lágrimas que terminaron surcando las mejillas de aquella especie de diosa de la belleza hicieron comprender a Noi que la mujer, además de belleza e inteligencia, poseía ternura y otras virtudes que no siempre era factible encontrar entre los seres inteligentes de cualquier civilización planetaria.

—Hay otro asunto importante que tratar.

—¿Cuál? —preguntó ella, sobreponiéndose.

—Dentro de la cueva, templo, base secreta o lo que sea, hay un tesoro en brillantes y en lingotes de metales preciosos.

—Ah, sí, ya lo he visto.

—Te pertenece.

—Era el tesoro de todos los míos. Debo decirte que en este planeta no sólo éramos una nación, sino varias naciones que solían luchar entre sí. Unas estaban más adelantadas que otras, pero luchaban y entonces los tesoros solían ponerse a buen recaudo. Mi gobierno debió pensar que si yo sobrevivía debía tener el tesoro conmigo para poder comprar a otras naciones lo que hiciera falta.

—Eso era en el supuesto de que existieran supervivientes de otras naciones, claro.

—Así se pensó.

—Pero no ha habido supervivientes, sólo tú.

—En un planeta muerto, ¿de qué me ha de servir ese tesoro? ¿Qué se puede comprar aquí con él?

—Nada, no hay qué comprar ni qué vender —le puntualizó Noi.

—En ese caso, el tesoro no sirve de nada.

—Un momento, Nuriana. Si te deposito en un planeta con vegetación, pueden hacerte falta muchas cosas para que tu supervivencia y la de los tuyos quede asegurada.

—¿Qué es lo que puede hacerme falta?

—Un hábitat, por ejemplo.

—¿Para protegerme de la climatología adversa?

—Así es y de las pequeñas o grandes alimañas. Una cosmonave, por ejemplo, sería una casa ideal depositándola en un planeta lleno de vida vegetal. Además, en esa cosmonave podría haber alimentos y medicamentos imprescindibles para evitar enfermedades y asegurar la supervivencia de tu descendencia.

—Tienes razón. ¿Crees que podría comprar todo eso?

—Sí. Lo cierto es que mi socio y yo pensábamos llevarnos parte de ese tesoro por haberlo descubierto y por haber llegado hasta aquí.

—Lo comprendo —Miró intensamente los ojos del terrícola y dijo —: Si me ayudáis en el plan que me has propuesto, podéis llevaros cuanto queráis de ese tesoro y tú escoge lo que juzgues necesario para poder comprar cuanto creas que puede serme de utilidad.

—No obstante, no se podrá cargar todo en esta cosmonave.

—Lo que no podáis cargar, lo abandonáis. ¿De qué iba a servirme a mí?

—De acuerdo. Tomaremos de ese tesoro cuanto se pueda y yo te doy mi palabra de que tendrás a tu disposición todo lo que pueda hacerte falta en un planeta apto para la vida.

—Lo mejor que ha podido ocurrirle a mi civilización es que tú aparecieras, Noi. De no haberme encontrado, yo hubiera estado durmiendo en la cápsula de supervivencia hasta que la energía de la pila nuclear que está en el subsuelo se agotara. Después, yo misma habría muerto y conmigo toda mi civilización.

—Desgraciadamente, así habría sido —asintió Noi—, pero tú estás viva, sana y salva.

— Y en tus manos.

El cosmonauta terrícola alargó sus manos y cogió las de la mujer, algo frías, muy blancas y terriblemente suaves. Las estrechó, levantándolas ligeramente, y le dijo:

—Mis manos no te traicionarán. Confía en ellas.

CAPITULO VIII

Noi entró en la sala de control donde Santmort se hallaba muy atareado.

—¿Cómo va todo?

—Bien, dentro de lo que cabe.

Ante la respuesta de Santmort, Noi inquirió:

—¿Y las reparaciones?

—A buen ritmo. Cuanto antes nos larguemos de este planeta Amarillo, mucho mejor.

—¿Están las brechas tapadas?

—Sí. Falta terminar la reparación de las tuberías de alimentación de motores. Eso no va a ser muy difícil, pero sí técnicamente laborioso.

—Los androides se ocuparán de ello. Lo malo va a ser el aire respirable que nos hace falta.

—No hay tiempo para salir a buscar minerales de los cuales poder extraer el oxígeno y el nitrógeno necesarios.

—Podemos viajar con algunas dependencias, las bodegas, por ejemplo, estancas y sin atmósfera artificial. Cuando pasemos cerca de algún planeta con atmósfera respirable, nos aproximaremos y con las bombas succionaremos el aire que falta en nuestros depósitos.

—Es una buena idea —admitió Santmort—. Lo mejor es largarse de aquí en cuanto los motores estén listos y todo reparado. Bueno, cuando digo todo, no es necesario que así sea.

—Sí —asintió Noi—; algunas pequeñas averías pueden solucionarlas los androides estando ya en ruta.

—Magnífico, sabía que estarías de acuerdo conmigo. Has hecho una buena operación con la belleza esa.

—Tratamos de salvar a toda una civilización.

—Pues por la cara que haces, cualquiera pensaría que ese salvamento te da cien patadas en las tripas.

—Nuriana es muy hermosa.

—Y tú, como un idiota, te has enamorado de ella.

—No digas tonterías.

—Encima resulta que digo tonterías… Eres un sentimental, Noi, un sentimental romántico. Parecía que hacía muchos siglos que el romanticismo había desaparecido, pero llega un terrícola, ve a una bellísima alienígena criogenizada y, ¡hala!, a enamorarse de ella como un idiota.

—¡Cállate!

—Bueno, bueno, no es para tanto. Lo que importa ahora es llenar la bodega de brillantes y metales preciosos y el pedrusco gordo nos lo podríamos jugar a los dados electrónicos!

—No —rechazó Noi, contundente.

—Pues ¿qué haremos con él? ¿Cortarlo como el rey Salomon, mitad para ti y mitad para mí?

—No.

—¿Entonces?

—El pedrusco, como tú le llamas, se lo dejaremos a ella

—¿Cómo?

—Será como el símbolo físico de su civilización. Nuriana lo mostrará a sus descendientes.

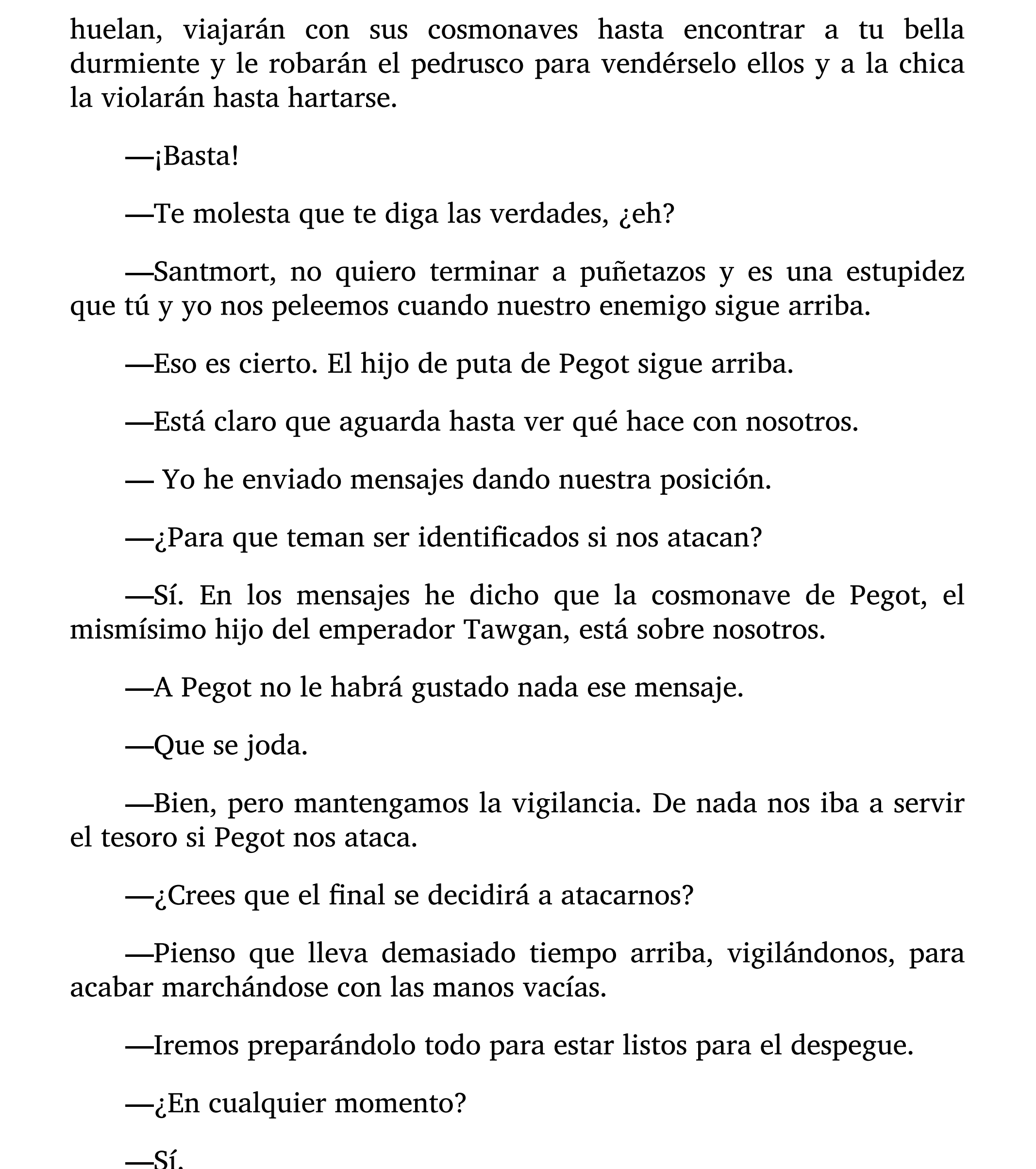
—¿Estás loco? ¿Sabes lo que nos pueden dar por el pedrusco?

—No nos darán nada porque se lo quedará Nuriana en el lugar donde la dejemos para que renazca su civilización.

—Eso sería una locura. Cuando se enteren otros de que ese pedrusco existe, ¿sabes lo que ocurrirá? Vamos, dilo, ¿sabes lo que pasará?

—Nadie se va a enterar.

—Conque no, ¿eh? Los aventureros poseen un olfato especial. Tú mismo lo tienes igual que yo y cuando lo sepan otros, cuando lo



huelan, viajarán con sus cosmonaves hasta encontrar a tu bella durmiente y le robarán el pedrusco para vendérselo ellos y a la chica la violarán hasta hartarse.

—¡Basta!

—Te molesta que te diga las verdades, ¿eh?

—Santmort, no quiero terminar a puñetazos y es una estupidez que tú y yo nos peleemos cuando nuestro enemigo sigue arriba.

—Eso es cierto. El hijo de puta de Pegot sigue arriba.

—Está claro que aguarda hasta ver qué hace con nosotros.

— Yo he enviado mensajes dando nuestra posición.

—¿Para que teman ser identificados si nos atacan?

—Sí. En los mensajes he dicho que la cosmonave de Pegot, el mismísimo hijo del emperador Tawgan, está sobre nosotros.

—A Pegot no le habrá gustado nada ese mensaje.

—Que se joda.

—Bien, pero mantengamos la vigilancia. De nada nos iba a servir el tesoro si Pegot nos ataca.

—¿Crees que el final se decidirá a atacarnos?

—Pienso que lleva demasiado tiempo arriba, vigilándonos, para acabar marchándose con las manos vacías.

—Iremos preparándolo todo para estar listos para el despegue.

—¿En cualquier momento?

—Sí.

—Será lo mejor.

—No se te ocurra despegar hasta que tengamos las bodegas llenas. Una ocasión como ésta no se nos volverá a presentar jamás.

—Lo sé y descuida, que vamos a salir muy beneficiados de ella.

—Sólo faltaría que no fuera así. Y cuando nos larguemos, dispararemos un misil para provocar un derrumbe en la entrada y que quede cegada; así nadie podrá descubrirla.

—Sí, tomaremos esa precaución. Pegot no se va a enterar de que aquí hay un tesoro incalculable, el tesoro en brillantes y metales preciosos de toda una civilización.

—Si ese condenado Pegot se apoderara del tesoro, volvería muy arrogante a su planeta para mostrárselo a su padre.

—No le daremos ese gustazo. De momento sospecha algo y no sabe el qué.

—Mientras no se decida a atacar…

—¡Noi!

Se volvió hacia la puerta, allí estaba la bellísima y escultural Nuriana.

—Ahora voy. —Se volvió hacia Santmort para decirle—: Cuida de que los androides carguen las bodegas hasta un límite de peso aceptable, no vaya a ser que por exceso de carga no podamos despegar.

—Descuida, no seré tan codicioso.

Noi se reunió con Nuriana que parecía muy preocupada.

—¿Qué ocurre?

—El banco de esperma.

Cada vez que Noi oía hablar del banco de esperma, sentía como una puñalada de rabia, pero trataba de contenerse.

—¿Qué pasa con él?

—Está adosado al interior de un armario convertido en una cámara de liofilización.

—¿Tratas de decirme que no puedes arrancarlo del armario?

—Así es y hay que trasladarlo a tu cosmonave.

—Bueno, llevaremos unos recipientes para mantenimiento de liofilizados que contiene nitrógeno líquido. Introducirás las cápsulas de esperma en ese recipiente y lo dejaremos aquí en lugar seguro.

—Me parece bien. ¿Puedes ayudarme?

—Sí, claro.

—Aunque te lleves el tesoro de mi nación, no será suficiente para pagar lo que haces por nosotros.

—¡Nosotros, nosotros, nosotros! —casi rugió Noi.

Ella le miró fijamente.

—¿Qué he hecho, que ha provocado tu cólera?

—¡Nada! —replicó muy molesto, volviendo el rostro.

—Noi, yo confío plenamente en ti. Sé que eres un ser honesto, un ser que no miente.

—No me provoques, no me obligues.

—Nosotros te lo debemos todo a ti. Podrías acabar con nosotros y no lo haces, te causamos muchas molestias. También sé que estás en situación de peligro ante esos extraños seres imperialistas que nos vigilan desde entre las estrellas.

—Pagáis sobradamente con vuestro tesoro. Jamás trabajo alguno nos ha sido pagado con tanta generosidad.

—El pago que os hacemos no tiene ningún mérito, ya que ese tesoro de nada habría de servirnos. Lo utilizábamos para comerciar entre las naciones que habitábamos en este planeta Amarillo que ahora está muerto y quizás para toda la eternidad, pero ese comercio ya es imposible. La situación es irreversible, esos tesoros han dejado de tener valor.

—Para ti, sí, pero para cualquier otra civilización avanzada de las que componemos la galaxia, no. Para nosotros sigue teniendo valor.

—Pero tú no estás molesto por eso, ¿verdad?

—No, claro que no.

—¿Por qué, entonces?

—Por ese «nosotros, nosotros, nosotros»…

—No entiendo.

—Nuriana, tú siempre hablas de nosotros, no dices «yo, yo, yo». Eres una sola persona, pero siempre hablas como si fueras varias personas.

— Ya te lo dije, Noi. Dejé de ser «yo» para convertirme en

«nosotros» porque represento a toda una civilización.

—Eso es lo que me duele.

—¿Por qué?

—Olvídalo.

- Un momento, Noi. Lo que tú deseas es que sea yo misma, ¿verdad?

—Sí.

—¿Por qué?

—¿Cómo os apareabais en vuestro planeta?

—¿Para construir una familia?

—Sí.

—Las parejas las decidían los consejos de ancianos de cada familia.

—¿Y el amor?

—No entiendo qué es eso que tú llamas amor.

—Amor es algo complicado, una atracción física hacia el otro, el hombre hacia la mujer, la mujer hacia el hombre.

—Así es, y con ese ayuntamiento carnal nacen los hijos.

—Sí, pero hay más.

—Cariño, compañerismo, amistad.

—Más.

—Nosotros no conocíamos más. ¿Acaso en vuestra civilización sí lo hay?

—Sí, hay más, aunque no todos los seres de mi civilización son suficientemente afortunados para encontrar el «amor» en todo su sentido y poder sufrir y gozar con él.

—¿Sufrir también?

—Sí.

—No entiendo.

—Si no hay sufrimiento hondo, no hay goce grande. Sin dolor sólo se consigue apatía, convivencia rutinaria.

—Me cuesta mucho comprenderte, Noi. No alcanzo a entender el sentido de tus palabras, que deduzco son muy emocionales.

—Así es, son emocionales.

—¿En todas las acciones de vuestra vida los terrícolas sois emocionales?

—En todas, no, pero…

—Me costará entenderte. Para vosotros, lo principal es el deber.

—Cuando el deber lo escoge uno mismo, es bueno y debe de llevarlo adelante hasta las últimas consecuencias, pero cuando ese deber se nos impone en contra de nuestros deseos, de nuestros sentimientos, no tenemos por qué aceptarlo.

—Eso jamás lo hubiera dicho alguien de mi nación.

—Tampoco lo dirían muchos de mi civilización, pero yo si lo digo. Te repito que si el deber lo escojo yo, lo llevo hasta las últimas consecuencias.

— Me costará mucho entender a los terrícolas.

—Yo conseguiré que nos comprendas. Ahora, vamos a buscar ese banco de esperma.

Se habían preparado con los trajes de supervivencia para poder entrar en el recinto del Templo de la Supervivencia como había dado en llamarlo Nuriana cuando Santmort comenzó a gritar por los altavoces del servicio interno de la cosmonave terrícola.

—¡Noi, Noi! ¿Me oyes?

Noi utilizó el intercomunicador que llevaba adosado a su muñeca izquierda.

—Te oigo perfectamente, no hace falta que grites tanto.

—Tengo a Pegot en pantalla.

—¿Te está oyendo?

—No. He desconectado el micrófono del telecomunicador exterior.

—¿.Y qué diablos quiere ese bastardo?

—Hablar contigo, me parece que lleva mala uva.

—Podríamos enviarlo al infierno.

—Me temo que él no sabe lo que es eso.

— Un momento, ahora vamos.

Le pidió a Nuriana que le acompañara y se enfrentaron a Pegot.

—Aquí el comandante Noi. ¿Qué quieres, Pegot? Creí que habías proseguido viaje.

—No he proseguido viaje y tú, terrícola, lo sabías —replicó en tono cortante el hijo del emperador Tawgan.

A Noi le caía mal aquel tipo de cara angulosa y ojos espectacularmente alargados.

—No me he preocupado de vosotros; tengo mis propios problemas. ¿Os sucede algo, una avería, por ejemplo?

—Nuestras cosmonaves no tienen averías.

—Esa es mucha arrogancia, Pegot. Cualquier máquina, por fiable que sea, es susceptible de sufrir averías.

—Nuestras cosmonaves no tienen averías —repitió Pegot arrogante.

—Muy bien, como quieras, no tenéis averías, pero como os ocurra algo en ruta, no me pidáis un robot electromecánico para que os solucione la papeleta.

—Los terrícolas sois unos estúpidos. Siempre habéis sido unos estúpidos.

—Vaya con el hijo de perra ese —masculló Santmort.

Noi señaló el piloto verde a Santmort, indicándole que lo que acababa de decir debía haberlo oído el mismísimo Pegot

—Pegot, no quiero entrar en discusiones sobre quién es más guapo, tú o yo, de modo que déjanos en paz y sigue tu camino, aquí tenemos trabajo que hacer.

—Pues vais a descansar por unas horas.

—¿Ah, sí? ¿Por qué lo dices? ¿Estamos de fiesta? —pregunto Noi, sarcásticamente burlón.

—Correcto.

—Pegot, no quiero problemas, de modo que termina, por que voy a cortar la telecomunicación. Nadie puede decir que haya faltado a la carta galáctica. Tú has hecho una llamada y yo te he respondido, pero esto se acabó.

—Terrícola, tenéis sesenta minutos para salir de vuestra cosmonave.

—¿Qué dices?

—Tenéis una hora, que son sesenta minutos, para salir al exterior. Os separaréis quinientos pasos de vuestra cosmonave y aguardaréis a que mis milicianos se acerquen a vuestra cosmonave y la ocupen.

—De eso, nada, pajarraco imperialista. Aquí nadie va a salir de la cosmonave porque tú lo mandes. Somos hijos de una civilización avanzada que posee su propia fuerza miliciana para protegernos de cualquier acto de piratería espacial como el que tú pretendes tratando de abordar nuestra cosmonave.

—No es una acción de piratería.

—¿Ah, no? ¿Cómo lo llamas tú?

—Control de mantenimiento de pacificación interestelar.

—¡Joder! No podías haberte buscado una frase más larga para gritar: «¡Al abordaje!»

—Eres un estúpido insolente, grosero, bruto.

—Si quieres te presto un diccionario de tacos para que sigas insultándome, hijo de perra.

—¿Qué es una perra? —preguntó Pegot despacio, como si intuyera que algo malo le estaban diciendo.

—Ah, me olvidaba de que en vuestro imperio no hay perros de los honrados, me refiero a esos nobles animalitos que hacen «guau, guau». Verás, Pegot, el equivalente a una perra es una especie de animal hembra que se va con todos los machos de su especie que encuentra para que la gocen en sus días de celo y de esta forma nacen los bastardos subnormales como tú.

Pegot se quedó quieto como una estatua. El color de su faz no se alteró. Parecía estar meditando sin parpadear todo lo que acababa de oír de boca de un terrícola.

Al final, replicó:

—Si dentro de sesenta minutos no habéis salido de vuestra cosmonave para entregarla a mis hombres, la destruiré. Os convertiré en partículas microscópicas.

—De acuerdo, dentro de sesenta minutos nos veremos. Nosotros también llevamos armamento, hijo de la gran perra.

Noi cortó la telecomunicación borrando de la pantalla la imagen de Pegot.

Santmort se rió sordamente para luego decir:

—Todo lo que has dicho me ha parecido bien, pero ¿no crees que te has pasado un poco? El tipo ese estará dando botes en su cosmonave como si le hubieras puesto un carbón al rojo dentro de los pantalones.

—Si hay que luchar, lucharemos —sentenció Noi. Mirando a Nuriana, añadió—: Esos se lo llevarían todo y a ti te convertirían en su esclava.

La mujer, sin inmutarse, replicó:

—Si eso fuera a ocurrir, antes abrazaría la muerte.

CAPITULO IX

—¿Cuánto crees que tardará Pegot en atacarnos? —preguntó Santmort.

—¿Quién lo sabe? Quizás lo intente primero con una lanzadera repleta de sus milicianos, de esos tipos que no piensan, que son como robots que sólo obedecen. Les ordenan matar y no preguntan a quién ni por qué.

—Sí, ya conozco a esa clase de tipos —gruñó Santmort—. Lo malo es que para hacer daño, para asesinar, son muy efectivos. —Permaneció unos momentos pensativo y preguntó—: ¿Crees que nos dispararán algo gordo para desintegrarnos?

—Supongo que ahora estará cargado de rabia. Su orgullo y su arrogancia han sido tocados.

— Ya. Si nos destruye se quedará sin saber qué estamos haciendo aquí.

—Eso es. Si supiera que no va a obtener nada de nosotros, nos aniquilaría en seguida, pero como le quepa la duda de que escondemos algo, intentará el abordaje y, de paso, averiarnos la cosmonave de forma que no podamos movernos de aquí.

—Si conociera la existencia del tesoro...

—Quizás llegue a saberlo.

—¿Cómo? —preguntó Santmort.

—Tú y yo pensamos, ¿no?

—Sí, claro.

— Nuriana también.

—Lógico, piensa.

—Y ella es una telépata muy avanzada, ¿no es cierto?

—¿Adonde quieres ir a parar, Noi?

—Pegot puede llevar algún telépata en su cosmonave.

—Los seres del imperio de Tawgan, que yo sepa, no son telépatas como lo es Nuriana o nosotros mismos en estado embrionario e incontrolado.

—Exacto, Santmort, nosotros sólo somos telépatas cuando un telépata avanzado nos ayuda a expresarnos mentalmente; entre nosotros somos incapaces. Como tú has dicho, los seres del imperio de Tawgan no poseen el poder de la telepatía ni en estado embrionario, carecen de ella, pero pueden llevar consigo a otros seres en calidad de esclavos, prisioneros, asalariados o mercenarios de guerra.

—¿Crees que pueden estar captando nuestro pensamiento? —preguntó Santmort, preocupado.

—El pensamiento normal, no creo; pero sí pueden captar algo cuando nos comunicamos telepáticamente con Nuriana.

—Pues si es así, vamos listos. Sabrán que tenemos un tesoro a nuestro alcance.

—Puede que ése sea el motivo que le decide a atacar.

—Pues habrá que darse prisa, aunque cuando estemos en el espacio seremos vulnerables.

—Quizás no tanto si conseguimos alcanzar una buena velocidad. Lo importante es despegar del planeta Amarillo. Precisaremos el impulso máximo y en ese caso, correremos el riesgo de resquebrajarnos por el exceso de peso que ha de soportar el casco de la cosmonave. Y si se agrieta, nos desintegraremos antes de que hayamos escapado de la gravedad del planeta Amarillo.

—¡Noi, métete en la cabeza que no quiero morir! Jamás volveré a tener la oportunidad de ser tan rico como ahora.

—No es por tu riqueza ni por la mía, Santmort, es por salvar una civilización completa. Si Nuriana muere, se habrá perdido toda una civilización.

—No estoy de acuerdo contigo, Noi.

—¿Ah, no?

— No. Eres un romántico caduco. Hay que ser más práctico.

—Comprendo, al caído hay que aplastarlo —replicó, sarcástico.

—No se trata de eso, pero esta vez veo más claro que tú.

—No me digas…

—Claro que sí. Esa civilización ya ha muerto. Aunque ella, con su maldito banco de semen, consiga tener hijos en otra parte, ¿crees que será la misma civilización que ahora consideramos periclitada?

—Serán de la misma sangre, de la misma especie étnica planetaria.

—Lo que quieras, pero a la larga será una civilización nueva del planeta en que se reproduzca, del planeta que tú escojas.

—Conservarán unas características genéticas.

—Pero luego, por la ineludible ley de la evolución y del ambiente, adquirirán unos rasgos y una morfología física más acorde con el ambiente ecológico, etnológico y geofísico del lugar donde vivan. En unos pocos siglos, en nada se parecerán a los seres que un día ya muy lejano habitaban este planeta Amarillo.

—En el fondo tienes razón, Santmort, lo admito. Si se adaptan a otro planeta que tenga posibilidades de vida humana, se irán transformando, pero serán la herencia de una civilización.

—Que se perderá. Primero será historia. Ella les contará a sus descendientes de dónde provienen. Pasará el tiempo y la historia se transformará en leyenda, después en mito y al final en religión. Tú sabes perfectamente que aún está en discusión que determinadas razas del planeta Tierra pudieron llegar de otros mundos, se adaptaron al nuestro y se transformaron en terrícolas. Quizás tú y yo no somos puros en la evolución animal del planeta Tierra, quizá algunos de nuestros ancestros pertenecieron a esas especies llegadas de lejanos planetas que, por una u otra causa, tuvieron que quedarse en la Tierra.

—De todos modos, yo no podría hacer comprender todos estos razonamientos a Nuriana. Nosotros ya poseemos una experiencia de contactos con otras civilizaciones planetarias que nos hacen ver nuestra historia, nuestra cultura y civilización, desde una perspectiva más amplia y objetiva. Ella, que no ha salido aún de su planeta y tampoco nadie de su civilización lo consiguió, no lo entendería.

—Está bien, no voy a repetirte que puedes pasar por alto lo que Nuriana desee o piense porque ella no tiene fuerza y tú sí. Sin nuestra cosmonave, sin nuestro aire para respirar, sin nuestra agua para beber, sin nuestros alimentos, ella moriría.

—Serás siempre un depredador, Santmort.

—Todos los terrícolas lo somos, te guste o no. Lo que te ocurre es que te has enamorado de ella. Si dejaras a un lado ese sentido del honor y del deber que te impones, te la llevarías a tu litera y enviarías al diablo el banco de semen que le dejaron como regalo a esa hermosa hembra.

—Siempre estamos discutiendo, Santmort.

—Yo seré un cínico, pero vosotros estáis equivocados. Esa civilización que aún no sabe ni cómo se llamó, ha muerto y revivir un cadáver no es bueno ni práctico, entre otras cosas porque siempre están podridos.

CAPITULO X

Row-2 tenía listo el contenedor de conservación a menos ciento sesenta grados Celsius.

La operación era delicada y Noi hubiera deseado destruir lo que tenía delante: una especie de caja fuerte conteniendo un buen número de cápsulas en cuyo interior se hallaba el semen humano liofilizado.

—¿Piensas utilizar todo esto y convertirte en una especie de abeja reina o una reina de termitas? —preguntó Noi mirándola a los ojos.

—No.

—¿Entonces?

— Yo utilizaré los que sean necesarios y las hijas que yo dé a luz emplearán los otros, respetando siempre el código que posee cada una de las cápsulas para que no aparezcan incompatibilidades.

—¿Y si salen varones?

—Hasta utilizar todas estas cápsulas, sólo habrá mujeres.

—¿Y si nacen hombres? —insistió Noi.

—Los primeros serán castrados.

—¿De veras?

—Es lo que decidieron los científicos que planearon la resurrección de nuestra nación.

—Pobrecitos...

—Se hará para evitar que haya consanguineidades y puedan nacer cretinos. Los siguientes ya podrán ejercer su virilidad.

—¿Sabes una cosa, Nuriana?

—Creo leerla en tu mente.

—No me gusta vuestro plan y Santmort tiene razón. Vuestra

civilización ha muerto, ha cumplido su periplo y no hay por qué empeñarse en resucitarla. Las civilizaciones pueden ser como los seres humanos, unos llegan más lejos que otros. Los hay longevos y otros que, por cualquier causa, mueren jóvenes.

—Por favor, Noi, no trates de convencerme de que no cumpla con el deber que se me encomendó. Después de todo —añadió, despacio— mi nación, mi civilización, te paga y muy bien por ayudarnos a resucitar.

Noi apretó los dientes y no protestó más.

Respetaría su propio pacto, pero se daba cuenta de que a cada minuto que pasaba, más amaba a Nuriana. Su atracción hacia ella aumentaba minuto a minuto, convirtiéndose en una obsesión; sin embargo, se había entrenado para controlarse a sí mismo y no iba a fallar.

Cortó la caja con sumo cuidado, la desprendió de su emplazamiento y ordenó:

—Row-2, introdúcela en el contenedor.

—Orden recibida.

Row-2 introdujo la caja de cápsulas, ya desprendida de su lugar de origen, en el contenedor.

Noi sudaba dentro de su yelmo de supervivencia espacial, pues se hallaban en la morada que había guardado a Nuriana durante decenas de milenios y allí no había aire en aquellos momentos.

—Ya está.

—Gracias.

—Habrás visto que he puesto el máximo de cuidado.

—Sí, lo he visto.

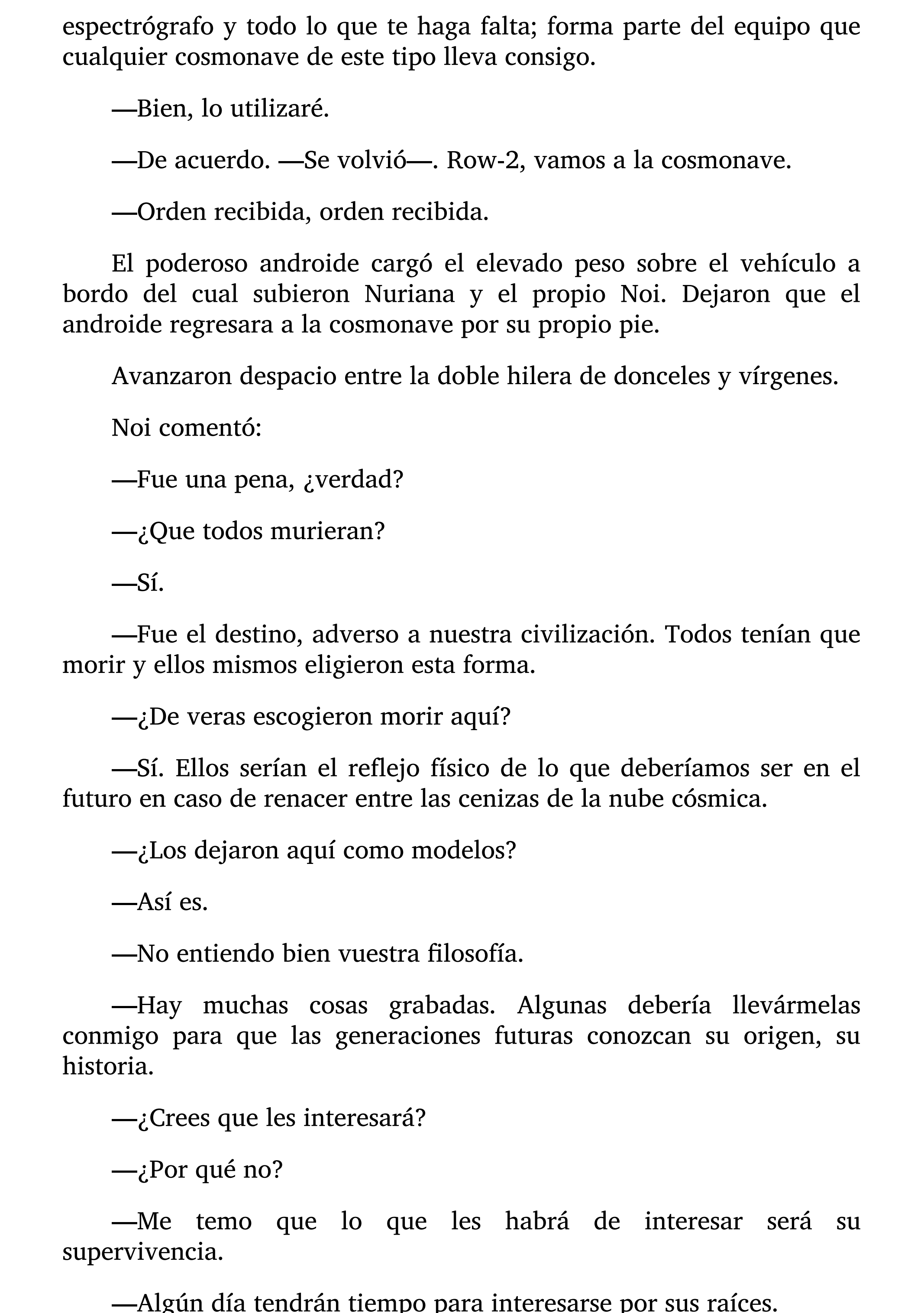
—¿Sabes si las cápsulas están en buen estado?

—Han de estarlo.

—De todos modos —objetó Noi, ambiguo.

—¿Tenéis laboratorio biológico a bordo?

—Sí, claro; analizador automático, microscopio electrónico,



espectrógrafo y todo lo que te haga falta; forma parte del equipo que cualquier cosmonave de este tipo lleva consigo.

—Bien, lo utilizaré.

—De acuerdo. —Se volvió—. Row-2, vamos a la cosmonave.

—Orden recibida, orden recibida.

El poderoso androide cargó el elevado peso sobre el vehículo a bordo del cual subieron Nuriana y el propio Noi. Dejaron que el androide regresara a la cosmonave por su propio pie.

Avanzaron despacio entre la doble hilera de donceles y vírgenes.

Noi comentó:

—Fue una pena, ¿verdad?

—¿Que todos murieran?

—Sí.

—Fue el destino, adverso a nuestra civilización. Todos tenían que morir y ellos mismos eligieron esta forma.

—¿De veras escogieron morir aquí?

—Sí. Ellos serían el reflejo físico de lo que deberíamos ser en el futuro en caso de renacer entre las cenizas de la nube cósmica.

—¿Los dejaron aquí como modelos?

—Así es.

—No entiendo bien vuestra filosofía.

—Hay muchas cosas grabadas. Algunas debería llevármelas conmigo para que las generaciones futuras conozcan su origen, su historia.

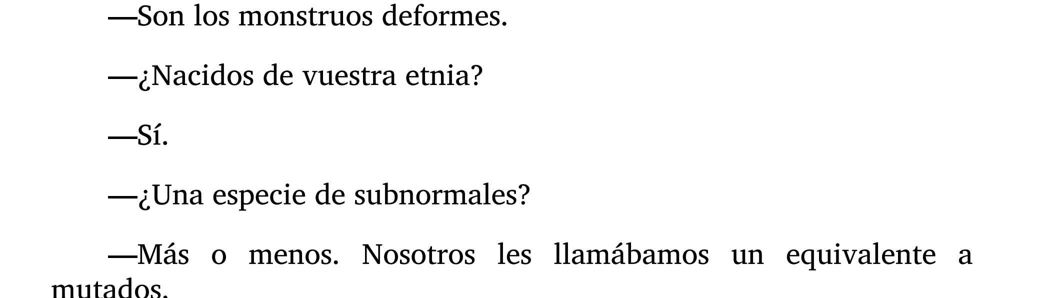
—¿Crees que les interesará?

—¿Por qué no?

—Me temo que lo que les habrá de interesar será su supervivencia.

—Algún día tendrán tiempo para interesarse por sus raíces.

—Es posible, pero ¿y los seres monstruosos que hay casi en la



entrada?

—Son los monstruos deformes.

—¿Nacidos de vuestra etnia?

—Sí.

—¿Una especie de subnormales?

—Más o menos. Nosotros les llamábamos un equivalente a mutados.

—Sí; en realidad son mutados cromosónicos.

—No se me ocurrió pensar jamás como tú lo haces.

—Es lo que suele suceder cuando estás dentro de una cultura donde te enseñan que una cosa es buena y la otra, mala. Hasta que un día aparece alguien y te dice que ni todo es blanco ni todo negro y que lo que tú creías que era lo malo absoluto no lo es tanto y lo bueno, tampoco.

—Por favor, Noi, no entiendo lo que me dices. Son conceptos abstractos y todavía no alcanzo a verlos reflejados.

—Bien, ya volveré sobre todo ello cuando podamos hablar de voz y no sólo con la mente como hacemos ahora.

—Parece que nuestras respectivas civilizaciones son demasiado diferentes —opinó la mujer.

Noi condujo el vehículo de retorno al interior de la cosmonave.

Llevaba muchas horas trabajando y se daba cuenta de que necesitaba un descanso; sabía que tendría que luchar contra Pegot.

CAPITULO XI

Tuvo la impresión de que surgía de un gran agujero oscuro, el poder de una energía desconocida lo empujaba hacia lo alto.

Cuando consiguió ponerse en pie, se vio caminando por el interior de su cosmonave.

—¡Santmort, Santmort!

Santmort seguía sin aparecer. Era como si se hubiera desintegrado; no había ni rastro de él.

Descendió por una escalera metálica de caracol y adquirió tal velocidad que al llegar a la bodega seguía dando vueltas sobre sí mismo. Tenía una gran dificultad por mantener la verticalidad.

Puso sus manos por delante y se dio contra los lingotes de metales preciosos que rutilaban al reverberar la luz de las lámparas. Entonces descubrió al androide Row-2 que estaba en el suelo, fragmentado.

Para Noi, aquél había sido el mejor androide que había poseído, había llegado a cobrarle cierto afecto, como si de un ser orgánico se tratara.

—Row-2, ¿qué ha sucedido?

Aquellos trozos no pudieron ya responderle; brazos, cabeza, tronco y piernas aparecían separados entre sí.

Descubrió que el lugar donde debía hallarse el gran brillante estaba vacío.

—¿Qué ha ocurrido? ¿Qué ha ocurrido? —repitió.

Sin comprender lo que sucedía, siguió corriendo entre las cajas repletas de cegadores brillantes que centelleaban a la luz de las lámparas de la bodega.

Descendió por la rampa y se halló dentro del Templo de la Supervivencia. A su derecha, aquel monstruo horrible de varios brazos movió su cabeza hacia él.

—¡No es posible, está muerto y congelado!

Aquella bestia mutada lanzó un feroz alarido.

Fue tal la potencia que la caja de cristal en que se hallaba encerrado estalló en millares de pedazos, escapando de su encierro.

Noi no entendía nada, pero sabía muy bien que las sorpresas en los planetas desconocidos eran infinitas.

Pese a que los científicos proclamaban que las leyes de la física, de la química y de la dinámica eran inmutables en el cosmos, luego resultaba que las leyes teóricas se desmoronaban ante lo que podía calificarse de fantástico.

Muchos eran los cosmonautas que contaban historias fabulosas, vivencias increíbles, contactos con seres extraños, diminutos o gigantescos, con nubes cósmicas parlantes y vivas; sin embargo, la ciencia siempre lo rechazaba todo y de esta forma, como a lo largo de los milenios de la historia de la civilización terrícola, seguían apartados de la realidad.

Aquel ser mutado se abalanzó sobre Noi con evidentes intenciones agresivas.

Varios golpes llovieron sobre el cuerpo del terrícola hasta ser derribado, pero, desde el suelo, Noi consiguió empujarlo con los pies y lanzarlo lejos.

Profiriendo feroces rugidos o palabras que Noi era incapaz de traducir, volvió a saltar sobre él, entablándose una lucha a muerte.

La posesión de varios brazos daba una gran ventaja al enemigo del terrícola.

Ambos rodaron por el suelo hasta que Noi consiguió cogerle la cabeza entre sus dos antebrazos y provocó un movimiento tan duro como brusco.

¡Crack!

Aquel ser mutado dejó de tener fuerza, sus brazos se aflojaron y cayó al suelo pesadamente.

Noi se miró a sí mismo. Había recibido golpes y arañazos, pero no tenía nada grave y había conseguido librarse de su atacante.

Siguió avanzando entre los recipientes de cristal que se fueron

rompiendo y los cadáveres congelados, restos de una civilización, escaparon. Se movían, aullaban, le señalaban con sus manos.

Noi comprendió que era considerado un intruso entre aquellos cadáveres vivientes que trataban de recuperar una civilización tan muerta como ellos mismos.

Luchar contra docenas de aquellos seres no era lo mismo que luchar contra uno solo, por fuerte que fuera, y vencerle.

Se vio obligado a correr, a huir, internándose en el Templo de la Supervivencia.

Cruzó por entre los huecos que habían quedado, ya que las pesadas puertas estaban abatidas. Saltó por encima de ellas y observó que hasta los donceles y las vírgenes rompían sus cilindros de cristal.

Observó que los jóvenes de ambos sexos se enfrentaban a los que le venían detrás, defendiéndole, pero también se daba cuenta de que eran inferiores en número.

Se entabló una lucha feroz cuando los destellos del gran brillante le cegaron.

—¡Está ahí, ahí! —gritó.

El enorme brillante que había desaparecido del interior de la cosmonave volvía a estar en su lugar, tapando la puerta de la morada de la bellísima Nuriana.

Corrió hacia el brillante y, a través de él, descubrió la ondulante figura femenina.

—¡Nuriana, Nuriana! —gritó.

Corrió hacia el brillante y éste se abrió como si fuera una puerta sobre sus goznes.

Noi no dudó en saltar al otro lado de la gruesa pared de cristal.

Cuando se volvió, pudo ver la feroz lucha entablada.

Los guerreros mutados, los seres de las antecámaras, abatían salvajemente a los donceles y a las vírgenes que caían bajo los terribles golpes.

Sus cabezas eran arrancadas de los troncos y arrojadas contra la pared de cristal que se salpicaba de sangre, tiñéndola de rojo.

—¡Noi!

—Nuriana, ¿qué significa esto?

—Han despertado, dame la mano.

El terrícola se dejó llevar.

Nuriana le condujo hacia una pared que, en principio, semejaba infranqueable, pero que se desplazó ante ellos mostrando una salida, una galería oscura por la que se adentraron.

Corrieron sin tocar las paredes.

Noi tenía la impresión de que al correr ni siquiera tocaban el suelo con los pies.

Quería ver a Nuriana, llenar sus ojos con la visión de su rostro, de su cuerpo, pero la oscuridad les envolvía, como si volaran hacia las entrañas del planeta.

Sin embargo, notaba su mano, una mano suave, de dedos largos, quizás demasiado fría.

Comenzó a ver un pequeño círculo luminoso a lo lejos, muy a lo lejos. A medida que corrían, aquella luz se agrandaba más y más.

—La salida…

—Sí, es la salida —asintió Nuriana.

Al fin, llegaron al exterior y se enfrentaron al desolado panorama del planeta Amarillo.

Noi miró en derredor, no había atmósfera y, sin embargo, él respiraba.

—¡Ven, ven, sígueme!

La siguió corriendo por encima de aquel suelo amarillento cargado de sales de sulfuro, fósforo, azufre y radio, un suelo letal.

Miró a lo lejos y pudo ver su cosmonave pegada a las rocas.

—Ven, ven, sígueme.

Subieron por una colina y descendieron por el lado opuesto, un descenso tan largo como penoso.

De pronto, Nuriana se detuvo y dijo:

—Aquí estaba el mar y a la derecha se alzaba la ciudad.

—Pero ahora no hay nada. La lluvia provocada por la nube cósmica lo cubrió todo.

—Sin embargo sigue ahí, ahí debajo. ¿Es que no te das cuenta, Noi? ¿Es que no te das cuenta?

Nuriana le inquiría, casi le suplicaba más que indicaba.

—Pero ya nada se puede hacer; todo murió.

—¿No llevas poderosos misiles termonucleares en tu cosmonave?

—Sí.

—Entonces, ¿a qué esperas?

—No entiendo, Nuriana, no entiendo.

—Bombardea este lugar y redescubriremos el mar, mi mar, el agua azul.

—¿Me estás pidiendo que dispare los misiles en este lugar?

—Sí.

—No puedo negarte nada, Nuriana. Te amo, te amo, aunque tú seas inalcanzable para mí.

—Funde las aguas heladas, Noi, fúndelas.

Noi manipuló en el cajetín polivalente que llevaba en su muñeca.

Tras levantar la tapa, apareció un pequeño teclado de órdenes y al final, pulsó un botón rojo.

Ahora viene el misil.

Se escuchó un silbido característico.

En el cielo apareció un halo luminoso y luego el misil se inclinó para caer justo donde la mujer deseaba. Se produjo la gran explosión.

Sintieron que el suelo temblaba bajo sus pies.

Emergió una luz vivísima y después fue como un volcán.

El lugar donde acababa de caer el misil se desgajó y emergieron gigantescos chorros de agua. Aquello se convirtió en la más fantástica fuente de artificio que Noi había podido ver jamás.

El mar, helado por debajo de la capa amarilla, se fundió licuándose.

El mineral procedente de la nube cósmica, por ley de gravedad y diferencia de densidad, se fue hundiendo y el mar revivió ante ellos mientras gigantescas placas de hielo se quebraban, entrechocaban y se licuaban.

Surgían hacia lo alto enormes chorros de agua que recibían la luz del sol rojo en torno al cual giraba el planeta Amarillo.

Nuriana y Noi continuaron cogidos de la mano.

El viento térmico parecía que fuera a llevárselos volando.

Notaron la lluvia caliente en sus cuerpos, apareció un gigantesco arco iris y Nuriana mezcló las gotas de agua salada del mar del planeta Amarillo con sus propias lágrimas de felicidad.

—¿Es lo que deseas, Nuriana?

—Sí .

—Las aguas volverán a helarse.

Noi se dio cuenta entonces de que no tenía frío. Todo era increíble.

Nuriana se volvió hacia él y el hombre, obedeciendo a un impulso instintivo, la estrechó entre sus brazos.

Se dio cuenta de que la besaba.

Sus bocas se encontraron y fue lo más agradable que había experimentado jamás.

Nuriana se arqueó hacia atrás cuando las aguas bajo ellos también se deshelaron. Era agua tibia cuya profundidad aumentaba progresivamente.

—Noi, Noi, los míos han muerto; yo también voy a morir.

—No, tú no; tú eres mía, mía.

La estrechó contra su cuerpo, quiso hacerla suya, pero el cuerpo femenino se hundía en las aguas, escapaba de entre sus dedos. Noi quiso volver a cogerla y no lo consiguió.

—¡Nuriana, Nuriana!

Ella se hundía mirando hacia arriba. Le sonreía mientras se alejaba hacia las profundidades del mar.

—¡Nuriana!

Braceó sumergiéndose, parecía que los pulmones iban a estallarle. Descendía demasiado, la presión era excesiva y Nuriana seguía sonriendo mientras se hundía más y más en su mar, en aquel mar que había bañado la metrópoli de la cual era hija.

La visión se le enturbió y la mujer desapareció después de verla como difuminada.

Intentó gritar y el agua entró brutal en su boca, introduciéndose en su cuerpo.

El instinto de vida le empujó hacia lo alto, pero antes de llegar, sus puños tropezaron con un techo duro infranqueable.

Los hielos habían vuelto a cerrarse, estaba atrapado.

Golpeó los hielos que no cedieron, la capa se hacía cada vez más densa mientras la mente del hombre se nublaba. La congestión era ya total, el aire faltaba en sus pulmones atormentados.

—¡Despierta, Noi, despierta!

¿Eh?

Se inclinó sobre el abdomen y sentado en la litera, miró en derredor. Junto a él estaba Row-2 con su aspecto más mecánico que humano.

—No estás destruido, Row-2…

—La lucha ha comenzado.

Noi sacudió la cabeza. Acababa de sufrir una pesadilla y despertaba a una realidad que podía ser el principio del fin.

CAPITULO XII

—He localizado a tres —advirtió Santmort.

—¿Dónde están?

—Detrás de las rocas; llevan armas portátiles.

—Eso es que han desembarcado en otro punto del planeta para que no descubriéramos su lanzadera.

—Sí. Nos quieren atacar por sorpresa; pero los he detectado.

—Si llevan aerodeslizadores blindados, tendremos problemas.

—Poseemos misiles y cañones suficientes para desintegrar a los aerodeslizadores blindados.

—Pueden envolvernos en un cerco de fuego.

—En realidad parece que sólo están tomando posiciones.

—¿Sucede algo malo? —preguntó Nuriana, apareciendo en la sala de control de la cosmonave terrícola.

No, al verla, sufrió un impacto emotivo y recordó aquella maldita pesadilla en que perdía a la hermosa mujer bajo las aguas de un mar que él había deshelado, pero que luego se helaba con terrible rapidez.

—Sí, Pegot nos ataca.

—¿Qué sucederá? —preguntó ella.

—Lo ignoro —admitió Noi.

—Ellos están más armados que nosotros —puntualizó Santmort—. Sólo será cuestión de suerte el que escapemos con vida.

—Si nos entregásemos, nos ejecutaría y se quedaría con todo el tesoro.

—¿Y si le dejáramos el tesoro para que nos permitiera escapar con vida? —inquirió la mujer.

—No —replicó resuelto Santmort, y aquel monosílabo era toda una sentencia.

Nuriana miró a Noi, interrogante; éste dijo:

—Si el tesoro fuera la salvación de nuestras vidas, yo lo entregaría, pero sé que Pegot no nos dejaría escapar vivos. Su acción de piratería sería castigada por las fuerzas milicianas de la Confederación Terrícola y él no quiere conflictos interplanetarios, su padre no se lo perdonaría. El pretende llevarse el tesoro sin problemas posteriores y para eso tendría que asesinarnos.

Santmort gruñó:

—Lucharemos hasta las últimas consecuencias.

—Lo que podríamos hacer es despegar cuanto antes para evitar la batalla sobre el planeta Amarillo.

—¿Crees que podremos despegar? —inquirió Santmort.

—Las bodegas están llenas. El casco de la nave está reparado.

—Nos falta aire para poder tener atmósfera artificial en todas las dependencias.

—Cerraremos parte de las bodegas, la tres, la cinco y la seis, y tomaremos aire en otro planeta que posea atmósfera.

—Si conseguimos llegar —advirtió Santmort, vigilando en la pantalla las rocas por donde se iban apostando los milicianos del imperio de Tawgan.

—Lo conseguiremos.

—¿Vamos a escapar de aquí? —preguntó Nuriana.

—Sí, es nuestra única escapatoria, aunque cuando se den cuenta de que intentamos despegar, nos atacarán furiosamente para que no lo consigamos. Y si averían la cosmonave, ya jamás saldremos vivos de este planeta Amarillo.

— Y quedarse en este planeta es la muerte —puntualizó Santmort.

—Para hacer un despegue ordinario deberíamos desplazarnos un par de centenar de metros hacia la explanada.

—Si hacemos ese desplazamiento, nos bombardearán desde todas partes, los que están ya cerca y los que permanecen arriba en la

cosmonave.

—Podemos utilizar el agujero de la cueva para concentrar la propulsión de los gases; eso nos permitiría alcanzar una velocidad inicial casi diez veces superior.

—Pues ésa es la mejor forma, ¿no? —opinó Nuriana.

Santmort objetó:

—Si metemos los gases de los motores principales en el interior de tu templo, todo lo que hay dentro se fundirá. Los congelados, me refiero a los que están en los cilindros de cristal, desaparecerán para siempre.

—¿De veras ocurrirá eso? —insistió Nuriana, encarándose con Noi.

—Sí. Por la acción de los gases ígneos, todas las muestras que dejasteis para la posteridad se fundirán, desaparecerán.

—No importa, puedes hacerlo.

—Lo malo —se lamentó Santmort— es que se fundirán también los lingotes del resto del tesoro.

—¿Es que no hay suficiente con lo que ya hemos almacenado en las bodegas? Quizás ese exceso de peso nos impida despegar.

—Sigue adelante; ellos ya están muertos.

Ante las resueltas palabras de Nuriana, la decisión quedó tomada.

—Pues no esperemos más —determinó Noi.

Los preparativos se hicieron rápidamente.

Santmort, que vigilaba con la ayuda de las telecámaras exteriores, observó que aparecían los temidos aerodeslizadores blindados que tomaban posiciones. Pegot quería obligarles a rendirse.

—Estamos listos. La cuenta atrás ha comenzado —dijo Noi.

—¿Avisamos a Pegot?

—No, la sorpresa es nuestra defensa.

—Tengo controlados los aerodeslizadores blindados en el momento que nos pongamos en marcha lanzaremos una lluvia de granadas que provocará una gran confusión, mucha polvareda.

—Yo me encargaré de tripular la cosmonave para evitar el ataque de la cosmonave de Pegot.

—Bien, ha comenzado la batalla. Que Row-2 se encargue del gran cañón láser.

—Sí, adelante.

Nuriana estuvo junto a ellos cuando Noi pulsó a fondo el gran botón rojo que conectaba los motores. Aquél era el momento decisivo.

Los androides habían llevado a cabo las reparaciones de las averías y no habían tenido tiempo ni ocasión de comprobar si estaban correctas.

Los milicianos imperialistas se disponían a atacar y ellos, con la cosmonave sobrecargada por el tesoro obtenido, debían escapar a la encerrona.

Los gases ígneos se fueron introduciendo en el santuario de aquella civilización muerta, fundiendo cuanto quedaba allí dentro. Incluso las paredes, por el exceso de calor, sufrían derrumbes.

—Empiezan a atacarnos —advirtió Noi al comprobar que los aerodeslizadores blindados disparaban sus cañones al tiempo que cambiaban rápidamente de posición para no ser destruidos a su vez.

Santmort comenzó a replicar enviándoles una lluvia de pequeñas pero potentísimas granadas que, al explosionar, levantaron grandes polvaredas de aquel polvo amarillo y radiactivo que todo lo cubría.

Varios blindados fueron alcanzados de lleno, reventando en medio de vivísimas llamaradas blancas.

Los milicianos de infantería avanzaron con la intención de rodear a la cosmonave terrícola que iniciaba el despegue.

Noi disparó al espacio unos misiles de camuflaje que lo llenaron todo de partículas metálicas candentes para confundir a los sensores de la cosmonave que comandaba Pegot.

De pronto, la cosmonave sufrió un fortísimo impulso y alcanzó una gran velocidad de despegue.

Nuriana, que se había sujetado bien a una butaca, notó en su cuerpo la intensa aceleración.

Desde la cosmonave de Pegot comenzaron a disparar cañones

láser y una batería de multimisiles.

Noi activó los antimisiles que fueron en busca de los misiles enemigos, haciéndolos estallar en el espacio al tiempo que enviaba el gran misil en dirección a la cosmonave de Pegot.

Aquel misil se autodirigía, escupiendo y rechazando los rayos láser que pretendían cortar su avance.

La cosmonave terrícola hizo unos giros extraños en el espacio y volvió a lanzar partículas metálicas candentes para enmascarar su fuga.

Más, de pronto, sufrió un impacto y se abrió una brecha en el casco.

Se bamboleó y parte de la carga escapó del interior para desparramarse en el espacio, ya sin la gravedad del planeta Amarillo.

—¡Noi, Noi! —gritaba Santmort desesperadamente, como si hubiera llegado el fin de todo.

— Ya sé que hemos sido tocados —respondió Noi—, pero no parece definitivo.

—¡El brillante, el brillante!

A través de las ventanas pudieron ver como fulguraba en el espacio, recibiendo las luces de las estrellas, en especial la luz roja de la estrella de aquel sistema planetario.

Noi miró a la muchacha y ésta asintió con la cabeza.

—Mejor así —opinó Noi.

—¿Cómo que mejor así? —rugió Santmort—. ¡Lo perdemos, lo perdemos!

—Quedará para siempre en el espacio como símbolo de la civilización perdida —dijo Noi.

En aquel instante ocurrió algo más importante aún: el gran misil acababa de dar en el blanco.

La cosmonave de Pegot estalló, formando una gran bola de fuego que se convirtió en un pequeño sol mientras, ya libre del acoso, la cosmonave terrícola se alejaba de regreso a su planeta madre.

—¡Hemos escapado! —exclamó Noi.

—¡El brillante! ¡El brillante aún podríamos recuperarlo! —se lamentaba Santmort.

—No. Ese brillante no debe ser de nadie en particular.

Debe pertenecer a la eternidad espacial donde nació y murió una civilización, claro que ahora volverá a renacer —dijo, mirando a Nuriana a los ojos.

— Noi, tenía que decirte algo y creo que éste es el momento.

—Pues dilo.

—El esperma liofilizado no resistió el paso del tiempo. Las cápsulas no estaban preparadas para tantos milenios o quizás hubo algún fallo en los circuitos.

—¿De veras se ha perdido todo?

—Sí. Ya no es necesario que busques para mí un planeta donde comenzar de nuevo.

—Para ti buscaré lo que me pidas.

La cogió por la cintura y la estrechó ávido contra su cuerpo.

Buscó su boca, la probó y recordó el sueño. Se dijo que los labios de la bella Nuriana sabían a néctar de dioses.

Santmort no se daba cuenta de nada.

Su mirada permanecía fija en la pantalla de seguimiento en la que quedaba centrado el gran brillante que se convertiría en un meteorito más, quizás el más refulgente que pudiera hallarse a lo largo y ancho de la galaxia.

—Eh, podríamos intentar… —comenzó a decir Santmort.

Al volverse, la pareja ya no estaba allí. Se encogió de hombros y siguió mirando la pantalla.

F I N

PUNTO ROJO

intriga...

ROJO

PUNTO ROJO

misterio...

ROJO

suspense...

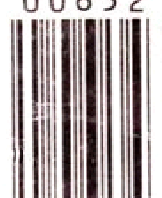
ROJO

acción...

ROJO

ISBN 84-02-02525-0





EDITORIAL BRUGUERA, S. A.

PRECIO EN ESPAÑA
60 PTAS.

Impreso en España